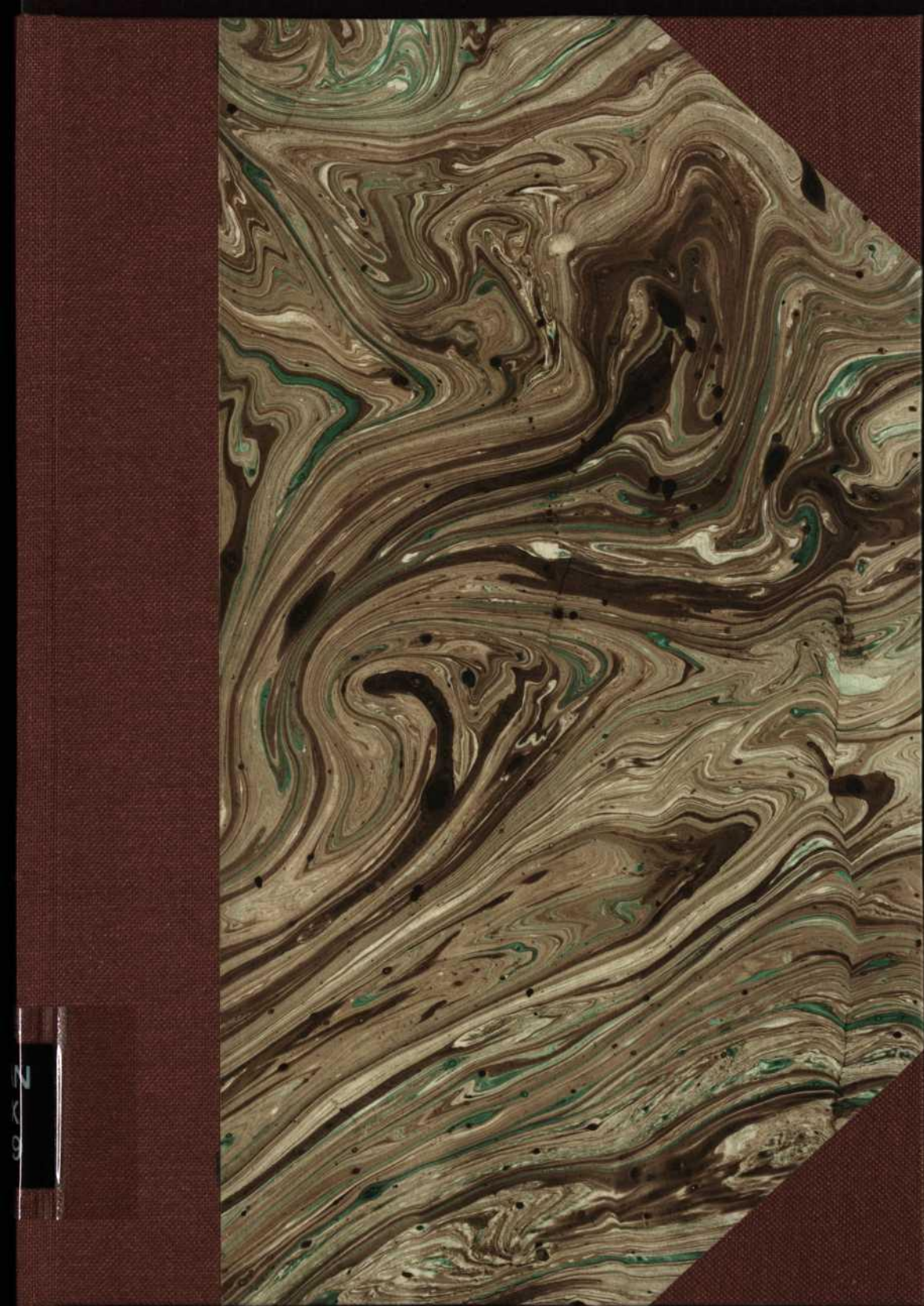
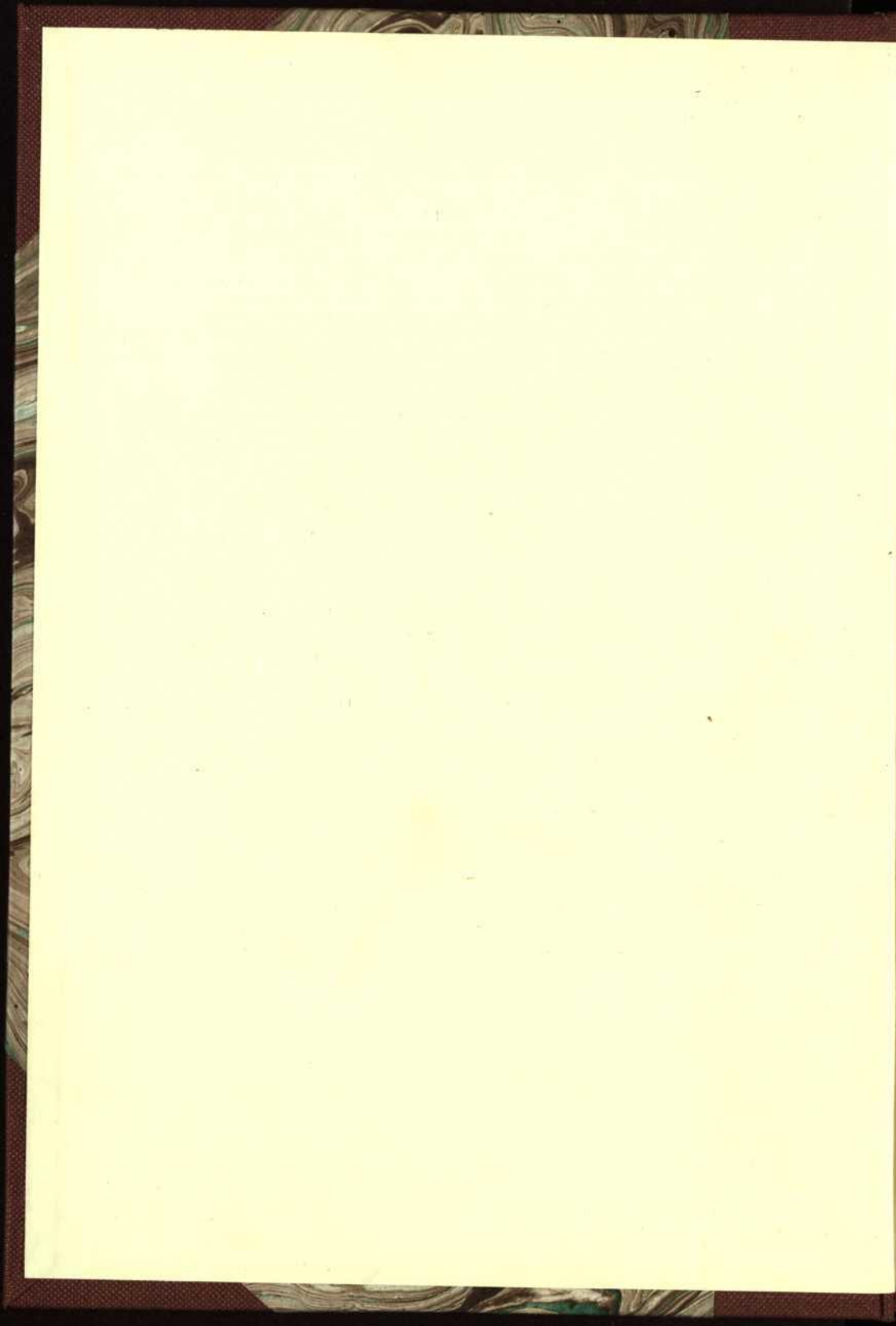
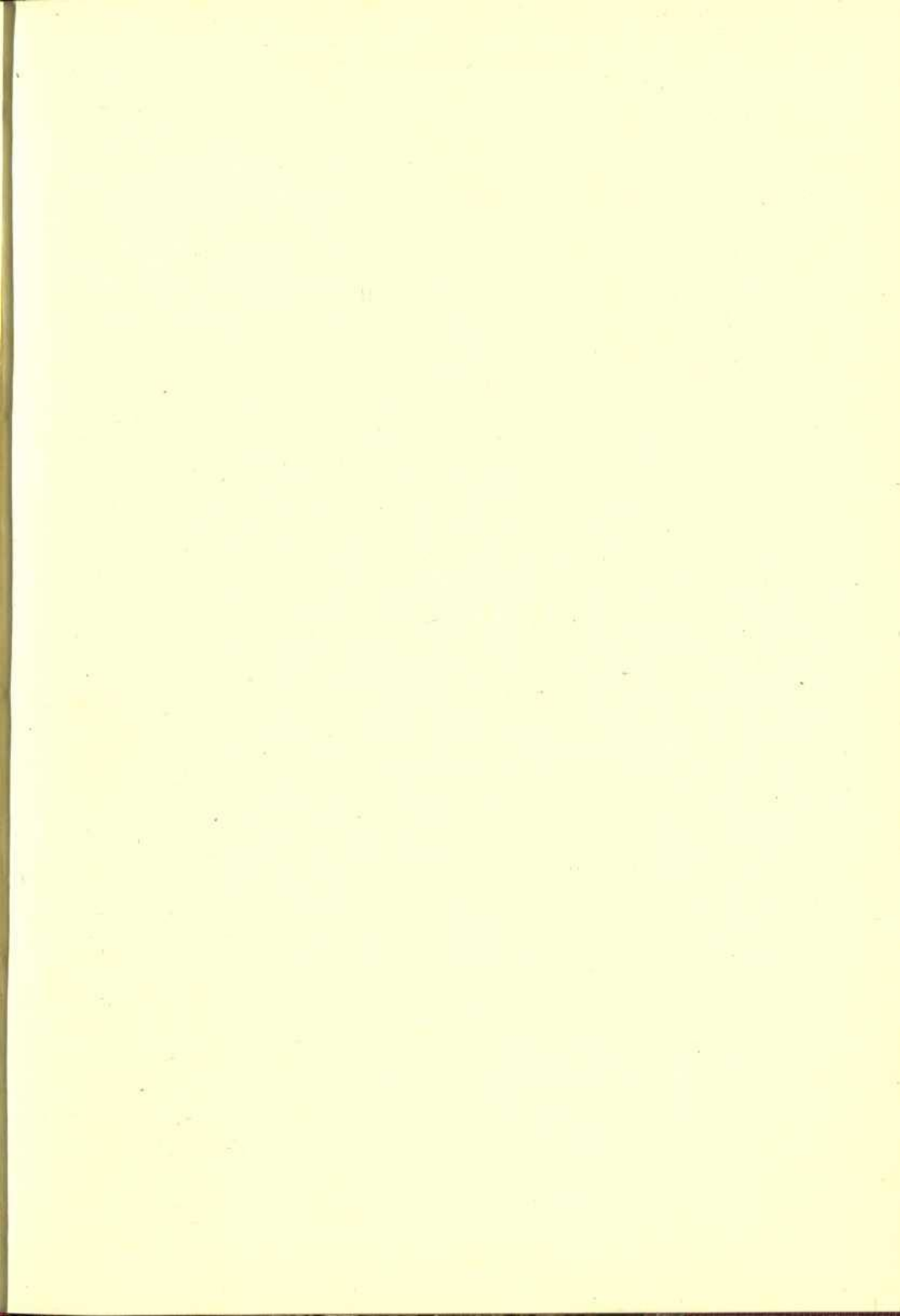
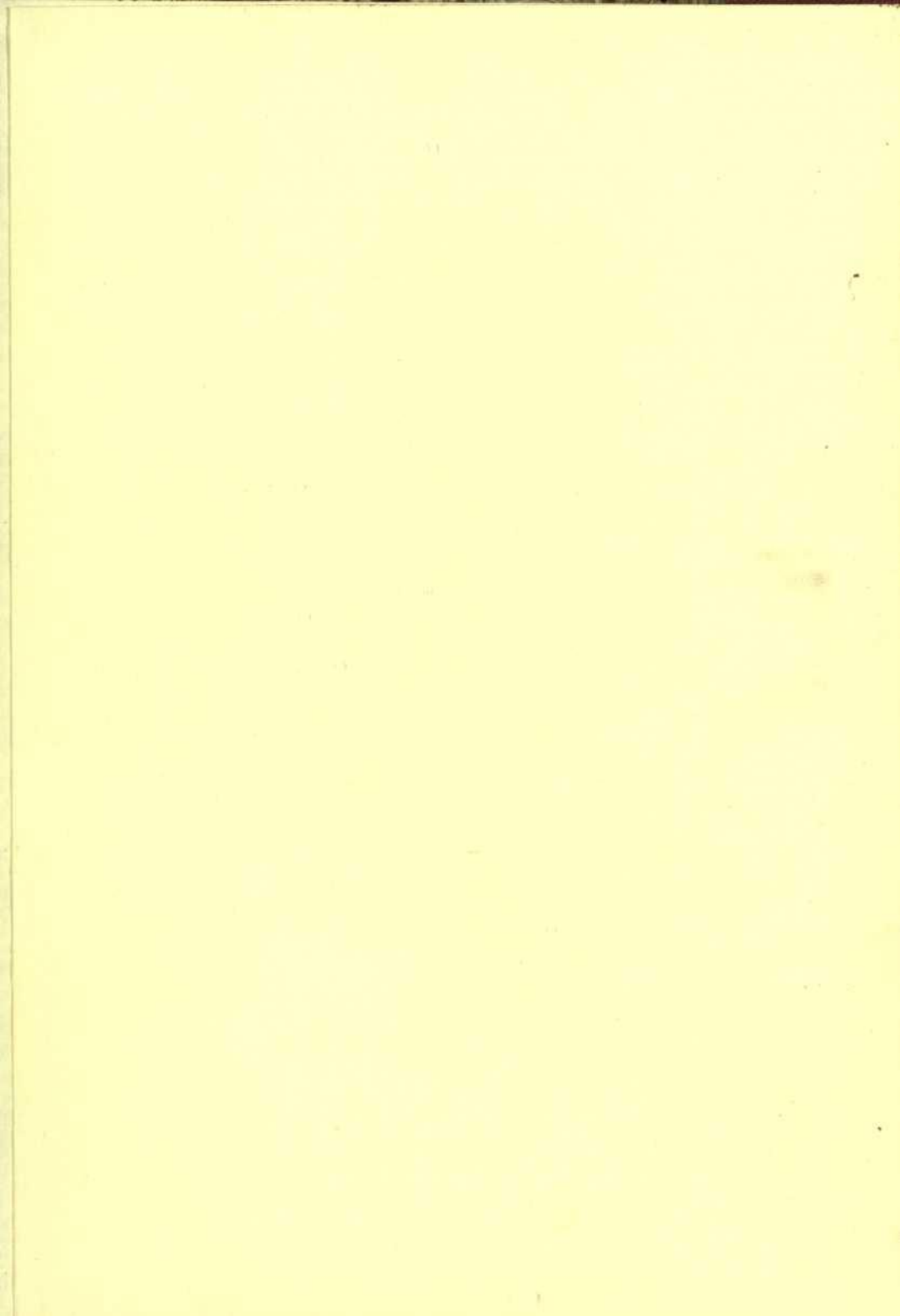










C 93
PA 1
S 2

CÁNOVAS.

SU FAMILIA,
SU CARÁCTER PRIVADO, SUS ACTOS PÚBLICOS.

Apuntes biográficos

POR

D. Manuel Casado Sanchez de Castilla.

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

SEGUNDA EDICION.

MÁLAGA.

Imp. del «Correo de Andalucía,» Casapalma 7.
1887.

B
CAN
cas

1913 12 01

12

12

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**

CÁNOVAS.

CANOVAS

CANOVAS



CÁNOVAS.

SU FAMILIA,

SU CÁRACTER PRIVADO, SUS ACTOS PÚBLICOS.

Apuntes biográficos

POR

D. Manuel Casado Sanchez de Castilla.

SEGUNDA EDICION.



R. 56.256

MÁLAGA.

Imp. del CORREO DE ANDALUCIA, Casapalma, 7.
1887.

CAVOTAS

ALICIA

ALICIA



ADVERTENCIA

Como bien se desprende de la nota puesta al pié de la primera página, esta Biografía hubo de escribirse dentro de muy estrechos límites que imponía el editor de una publicación colectiva. De esto dimana la excesiva concisión del estilo que en ella se advierte y la sobriedad ó ligereza con que se relatan actos y sucesos de la mayor trascendencia.

Descontento de mi obra, formé el propósito de mejorarla escribiendo sin restriccion alguna, otra mas estensa Biografía del mismo sujeto. Y mas me afirmé en tal intento, al hallar ocasion de recoger cada dia nuevos é interesantes datos muchos de los cuales debo al mismo grande hombre de quien me he constituido en historiador y que casi me los ha dictado. En esto me hallaba cuando sobrevino la tan sentida muerte de D. Alfonso XII: y al considerar que coordinando mis escritos y anotaciones resultaba una historia casi completa del último reinado, vine en deseo de dar á mi obra este último carácter por resultar así de mas general interés. Dedicado me hallaba únicamente á este trabajo que aún necesitará de uno ó dos años para completarse, cuando sin que

se me alcance una especial razon, me veo asediado de demandas por ejemplares de la Biografia de Cánovas, tan agotados hoy, como que habiendo tenido que ceder tambien el único que me habia reservado hace mucho tiempo, me ha sido preciso, para hacer algunas correcciones, recurrir al que conservaba uno de los hermanos del mismo D. Antonio Cánovas, el Brigadier D. Máximo, á quien desde aquí doy públicas gracias por su bondad.

Ante estas exigencias no he debido resistir las instancias del Director de un importante periódico del partido conservador, empeñado en reproducir la Biografia y hacer de ella una segunda edicion. Prés-tome, pues, á ello y procuro corregir y aumentar lo que la impaciencia del nuevo editor me consiente.

Málaga y Julio de 1887.

Manuel Casado.

I. (1)

El hombre que, nacido en la clase media, solo tuvo por herencia un nombre honrado; y que, sin protectores ni golpes de fortuna, ha llegado en fuerza de talento y de trabajo á ocupar el primer puesto de la nacion, merece muchas cosas y entre ellas, que sea una pluma ilustre la que escriba su biografía. Pero no abundan los Plutarcos por los tiempos que corren: y á falta de una idoneidad que siempre seria discutible si habia de medirse por la altura del personage, se ha recurrido á quien podia considerarse, no el mas digno, sino el mejor

(1) Estos apuntes se escribieron el año de 1882 para iniciar la publicacion proyectada de una coleccion que con el título de *Hombres notables de Málaga y su provincia*, debió comprender varias otras biografías. Pero solamente se dió á luz ésta renunciándose al pensamiento.

informado; al publicista malagueño que mas años cuenta de amistad estrecha con D. Antonio Cánovas del Castillo. Tales son mis titulos y tal es mi escusa para atreverme á escribir estos apuntes.

Nació el célebre repúblico en Málaga el dia 5 de Febrero de 1828, siendo sus padres D. Antonio Cánovas y D.^a Juana del Castillo. Dedicado el primero á la enseñanza pública y desempeñando una de las cátedras que sostenia en el colegio naval de San Telmo el antiguo Consulado de Comercio, debió hallar ocasion temprana de conocer las extraordinarias dotes de inteligencia y de carácter que en el mayor de sus cinco hijos sobresalian: y natural era que, al encontrarse con poca salud y sentirse con escasas probabilidades de ver prolongarse una vida no muy afortunada, se asiera con empeño á la idea de formar en aquel niño prontamente un sosten para su familia.. Cultivó, pues, con ahinco la precoz inteligencia, enardecándose en la tarea conforme veía que se acrecentaban los frutos de sus afanes. Era el D. Antonio padre, sugeto de no comunes facultades, y posible es que, de ayudarle mas la salud y circunstancias, hubiera tambien ilustrado el apellido. Averiguado queda cuando menos que su instruccion fué muy superior á la del nivel comun y esto esplica que á los 15 años el jóven D. Antonio, satisfaciendo ámpliamente á la vez con su aprovechamiento el orgullo del maestro y con su amoroso respeto el cariño del padre, se hiciera notar, entre los pocos cultivadores de las buenas letras en Málaga, como una esperanza para estas

últimas y entre todos, como un modelo que ofrecer á los hijos de familia.

Y adrede he querido hacer notar la manera como á la par de la inteligencia se formaba desde los primeros momentos el carácter del niño: porque, ayudando la viril entereza que ya se manifestaba en todos sus actos, aquellos sentimientos de respeto á los padres y de amor á toda la familia, han constituido en D. Antonio una personalidad de una sola pieza, si se me tolera la espresion, fuerte y rígida que ha podido atravesar toda clase de circunstancias y tomar parte en todo linage de sucesos, sin que se quebrante en lo más mínimo. D. Antonio Cánovas es y ha sido siempre un hombre de bien: en él la moralidad privada fué siempre tan intachable como la pública. Bien es verdad que en la familia no hay que hacer distinciones á este respecto; los hermanos son todos lo mismo.

Pronto debia ponerse á prueba el resultado de este conjunto de circunstancias y de trabajo que rápidamente queda bosquejado. Cumpliéronse los tristes presentimientos de aquel excelente padre y el huérfano que apenas contaba 16 años, se dispuso á tomar su puesto en el combate de la vida. Además de las lecciones que su dicho padre le daba, en un gran colegio que con todos los adelantos modernos había fundado en la calle de Salinas, las había recibido tambien muy provechosas, en matemáticas de D. Eduardo Jaúregui; y en humanidades y latin, del sábio eclesiástico D. Basilio Gonzalez Arribas que años despues murió siendo cura de la parroquia

de San Felipe, próxima á cuya Iglesia y en la calle de las Parras, vivió algun tiempo la familia Cánovas: y correspondiendo á esta época la primera gran crisis que en su existencia habia de atravesar nuestro jóven amigo, digamos algo mas concreto que lo hasta de ahora dicho, sobre sus cualidades personales.

Muchos son los sujetos con quienes he podido conferenciar acerca de lo que era el jóven Cánovas en aquellos tiempos, durante los cuales, me hallaba yo muy léjos de Málaga; y todos están contestes en asegurar que, si al pisar de hombre la meta última en que puede sentar un político la planta y fijar forzosamente la general atencion, ha sido preciso recurrir, para caracterizarle, á una extraordinaria denominacion, saliendo de sus mismos adversarios la de *mónstruo*, en referencia al talento; cuando niño, era tanto lo que de todos los de su edad se diferenciaba, que una vez conocido, no era posible olvidarlo. Y son tantos los rasgos de ingenio, las aventuras y hechos notables que de él se me cuentan, que, de traerlos á relacion, se haria interminable esta parte de mi trabajo.

Fuertemente constituido en su estatura mas bien baja que alta, ofreciendo en la fisonomía como faccion dominante una frente ancha y proeminente algo disimulada por la abundancia de un fuerte y liso cabello negro, con ojos de vivísima expresion, cuyo color negro tambien resaltaba por lo claro del cútis, era tanto mas de estrañar su propension á las luchas y juegos de fuerza duros

y arriesgados, cuanto que su afición al estudio le dejaba poco tiempo para ello: por otra parte, el mismo gusto de los libros se veía contrariado por una exagerada miopía: y á pesar de todo esto, si nadie estudiaba mas que él, nadie tampoco le aventajaba en los ejercicios corporales que requerian vigor y destreza. Es que aquel carácter se templaba de este modo y se complacia desde temprano en vencer dificultades: su afán de sobresalir era universal. Un ethnógrafo moderno, sin ir tan léjos como Thumman ó Klaproth, hallaria fácil y buena prueba en la inmediata ascendencia de Cánovas, para explicar tan raro conjunto de aptitudes: su abuelo materno D. Juan José del Castillo que siendo mayor de plaza en Málaga, murió heroicamente el dia 5 de Febrero de 1810 presentando á las lanzas francesas en desigual combate un pecho ya lacerado en el sitio de Gibraltar, daria hereditaria razon de los impulsos batalladores; y los escritos de su eminente tío D. Serafin Calderon esplicarían tambien suficientemente las aficiones literarias de familia. Las dos grandes amistades que desde niño ha cultivado con una consecuencia que es tambien característica, pueden representar igualmente la misma doble tendencia. Estanislao Diaz con su génio altivo y osado, siempre dispuesto á la lucha, era el amigo y compañero de Cánovas para las correrias nocturnas y las aventuras de todo género que la salida de la clase de matemáticas, muy entrada la noche y por un solitario callejon, favorecian. Salvador Solier, débil de

cuerpo pero de alma bien dotada, reflexivo y estudioso, era el preferido para departir sobre las impresiones que en sus lecturas encontraba: la poca locuacidad de este amigo, se avenia perfectamente con las exigencias de una palabra tan fácil y abundante cuál siempre fué la de Cánovas: cuanto era este pródigo de comunicativo pensamiento, lo era tambien aquel de atencion entusiasta.

Puedo asegurar por relacion directa, que el conocimiento que tenia del gran valer del jóven Cánovas el Prior del Consulado de Málaga por aquel tiempo, fué parte á que no le admirára la visita, cuando llegó á él un dia sin timidez ni jactancia, solicitando sustituir á su difunto padre en el desempeño de la cátedra. Así tuvo efecto; y si de este modo pudo la casa paterna continuar bajo el mismo pié en que se encontraba, el deseo de progreso, hizo pensar al adolescente en algun otro fructuoso empleo, aunque solo fuera para las horas que de derecho correspondian al descanso.

Eran aquellos tiempos de gran movimiento y mas bien diré, de gran agitacion política en Málaga. El carácter levantisco de nuestros paisanos que ya hubo de dar que hacer al Cardenal Cisneros, habia encontrado en la institucion de la milicia nacional tan buenos y fáciles procedimientos, que por ella y con ella, durante los siete años de la primera guerra carlista, nunca trascurrieron seis meses sin que se promoviera alguna asonada en esta ciudad que llegó á merecer asi en sus armas el lema de *Siempre la primera en el peligro de la Libertad*:

porque en tal cual ocasion, el motin se convirtió en revolucion triunfante. Esto hacia nacer toda clase de ambiciones entre la gente jóven y despierta, con lo que el periodismo alcanzó gran áuge en la localidad. Era muy corta la edad de nuestro amigo para que hubiera podido tomar parte séria en estas contiendas: pero no habia dejado de escribir artículos que los muchos periódicos que se publicaban acogian con avidéz y que, atribuidos primeramente á varias personalidades por no poderse suponer tanta reflexion ni tanto saber en un niño, llegaron al fin á reconocerse como parto de un ingénio prematuro, maravillosamente dotado. Iban de este modo tomando cuerpo las aficiones periodísticas del jóven y formándose sus opiniones políticas; pero en un sentido muy distinto del que se debia esperar.

Y con efecto; hay algo en los jóvenes que instintivamente los inclina á las ideas liberales mas exageradas ¿es la impaciencia del progreso? ¿es la tendencia al desórden por el afan de sacudir todo yugo y escapar á toda regla ó coaccion? no es fácil dilucidarlo; pero á mi propósito basta reconocer que si la juventud de nuestra época suele mostrarse revolucionaria, mucho mas debia inclinarse á serlo quien por la política necesitára conseguir medros. Tal ha sido la conducta que hemos visto seguir con éxito seguro á muchos políticos notables: y esto se esplica bien, porque, componiéndose, por lo general los partidos avanzados, de hombres impacientes, poco dados al estudio y por ello de ilustracion escasa, es fácil sobresalir entre tal gente;

asi es que lo mas regular ha sido, durante largo periodo de tiempo, sentar plaza en el antiguo y siempre irreflexivo partido progresista, para pasar despues al moderado y llegar hasta el absolutista si convenia; conforme se iba consiguiendo notoriedad y posicion.

Lejos de amoldarse á esta pauta nuestro jóven, prefirió inclinarse desde sus primeros pasos hácia el partido en el cual brillaba mayor número de hombres eminentes; y ya sea consecuencia con opiniones muy deliberadamente formadas, ya complacencia en afirmar su honrada sinceridad trazándose un rumbo por él camino mas difícil, ello es que en su larga carrera política, le hemos visto siempre aferrado á los mismos principios: y cuando los partidos han cambiado de opinion al compás de intereses transitorios no siempre honorables, él los ha dejado, confiado en que la virtualidad de sus ideas se los atraeria de nuevo y ha contestado á los que de intransigencia y altanería le motejaban «yo no soy altanero ni intransigente; lo que soy es *convencido*.»

El dia 15 de Marzo de 1845 puede considerarse como el de la iniciacion de esa gloriosísima carrera política de una honradez y de una consecuencia no alcanzada por ningun otro hombre público en tan alto término: y comenzó con la redaccion de un prospecto destinado á anunciar el advenimiento de un nuevo periódico que. con el título de *La Jóven Málaga*, debia ser órgano, efectivamente, de un corto número de jóvenes que ¡cosa rara en aquellos dias! lejos de pretender al título de ardientes y exaltados

liberales, se declaraban desde luego conservadores: y no incondicionalmente moderados, porque ya esta última denominacion, aunque mas exacta, habia sido adoptada para su partido por el General Narvaez y significaba una política de represion escesiva y aun de retroceso, á la cual, si bien se adherian antiguos y exagerados progresistas como Gonzalez-Bravo y Nocedal, era repugnada por los Martinez de la Rosa, los Pacheco, los Alcalá Galiano, los Pastor Diaz, los Isturiz. en una palabra, por lo mas consecuente y valioso del antiguo moderantismo.

El prospecto de *La Joven Málaga* causó gran sensacion entre los hombres mas ilustrados que no comprendian hubiera, en una ciudad de provincia tan desprovista de medios de instruccion, como que ni siquiera poseia una biblioteca pública, quien pudiera escribir un programa político, basado en la mas sana filosofía y en el que campeaban á la par de los mas elevados y patrióticos sentimientos, una política de grande y honrada base, adornado todo esto con las galas de un estilo elegante á la par de castizo y de una portentosa erudicion. Hubo empeño en conocer al autor de tan admirable trabajo y creció el asombro al encontrarlo en aquel jóven, tan desprovisto de medios como escaso en años. ¿Qué se han hecho los periodistas compañeros de Cánovas en aquellos cortos dias? Difícil es averiguarlo: únicamente D. José Robles y Postigo se hizo notar por algunas piezas dramáticas representadas con aplauso: pero lejos de seguir tampoco el cultivo de las letras, ingresó en Administracion Militar y murió en el mismo Málaga

á fines de 1872 siendo comisario de guerra. Y les llamo compañeros en cortos dias, porque fueron muy pocos de estos últimos los que nuestro amigo permaneció con aquellos en la ciudad natal. Arreglos de familia en los cuales debió intervenir activamente el célebre literato D. Serafin Estevanez Calderon, tio del jóven Cánovas, determinaron la traslacion de éste á Madrid.

Es cosa verdaderamente curiosa á la par que divertida, la historia de la presentacion al señor Tio que cuenta en ratos de buen humor nuestro don Antonio con rarísimo gracejo. Llegaba el sobrino á la Côte lleno de ilusiones, ansioso de conocer al pariente que daba lustre á la familia cuyas obras deleitosamente habia devorado y de quien le habian dicho y creia que todo lo podia esperar; por lo demás, confiado en sus fuerzas y con prisa de resolver sobre su porvenir. No era muy fácil esto último y quien haya conocido á D. Serafin, poco aficionado á que perturbára nadie una vida regalada y comodona que mas bien amenizaba que otra cosa con sus estudios, tan propenso á lanzar y dejar vagar su espíritu por los espacios imaginarios, comprenderá la posibilidad de lo que sucedió y fué que, ya por olvido de los méritos que debia conocer del jóven: ya por contraria interpretacion de aquella tenacidad con que pretendia conquistar en breve tiempo un título de abogado; ya por efecto de un mal humor del momento, que de todo pudo haber, ello es que, equivocando completamente el concepto, concluyó por declarar al interesado que en su honor y conciencia no le encontraba con aptitud

bastante para seguir fructuosamente una carrera literaria; y que la mejor manera de aprovechar sus buenos deseos, le parecia ser que se dedicase á la Iglesia, para ver de conseguir pronto una posicion que le permitiera contribuir á dar educacion á sus hermanos. Seguramente que en aquellos momentos, el eminente escritor recordaba el intitulado, de un capítulo del fray Gerundio de Campazas á cuya lectura, como á todas las obras del padre Ysla era muy aficionado: aquel que dice *Deja los estudios Fray Gerundio y se mete á predicador*.

«Protesto, suele decir al relatar este episodio de »su juventud el Sr. Cánovas, que yo iba dispuesto á »someterme en todo á la voluntad de mi tío y á »tener cuanto necesario fuese la impaciencia de mis »aspiraciones: pero... no pude conformarme con que »me hicieran clérigo.» Debemos presumir que no le costó gran trabajo desvanecer la mala inteligencia. Lo cierto es que, matriculado en la facultad de derecho aquel mismo año, se dió tan buena maña el estudiante para simultanear cursos y ganar asignaturas que, aturdido el pariente con semejante modo de adelantar una carrera y en su manía de poner motes á propios y estraños y muy particularmente á aquellos que mas afeccionaba, gratificó al escolar con el de *tragaleyes*, única designacion con la que, en la intimidad de la casa de D. Serafin, fué durante largo tiempo conocido su ilustre sobrino.

Y no contento con arrollar y desvanecer de la mas triunfal manera las dificultades que puede ofrecer el estudio de las pandectas y del fuero juzgo

utilizó nuestro D. Antonio algunas horas del dia en el desempeño de un pequeño destino que su mismo tio le consiguió en las oficinas del ferro carril de Aranjuez, único que habia en Madrid por aquel tiempo. Y aún encontraba lugar para escribir algunos artículos, de crítica literaria principalmente, que publicaron diferentes periódicos, algunos de ellos tan importantes como *El Semanario Pintoresco* y *La Ilustracion Española*, de Fernandez de los Rios. Llamó uno de estos artículos la atencion de D. Joaquin Francisco Pacheco que quiso conocer al jóven Cánovas y citándole à su casa, le preguntó si estaba dispuesto à ser redactor en un periódico que, en union de D. Antonio de los Rios Rosas, acababa de fundar: y bajo la contestacion afirmativa de nuestro amigo, le encargó escribiera un fondo sobre cierto punto determinado y se lo llevase al dia siguiente para poder juzgar de su aptitud como escritor de política. Gozoso corrió D. Antonio à participar estas nuevas à D. Serafin Calderon quien, temiendo que su sobrino se hubiera comprometido à mas de lo que pudiera, quiso ayudarle en el trabajo de prueba. Hubo de reconocer el estilo de *El Solitario* el Sr. Pacheco y haciendo sentar à su bufete al jóven, le señaló distinto punto y le invitó à escribir à su presencia: y tal salió el artículo que, asombrado el fundador del periódico *La Pátria*, no solamente hizo entrar al jóven en su redaccion desde aquel mismo dia, sino que muy pronto le confirió el puesto de director; cargo verdaderamente codiciado por tratarse del órgano que representaba en la prensa las ideas de una muy valiosa

fraccion política que, separada del partido moderado en odio á las recientes intransigencias y tendencias retrógradas de este, constituyó la base primera de lo que se llamó despues *Union Liberal*.

Desde este momento, puede decirse que habian concluido para D. Antonio Cánovas las grandes dificultades de la vida. Un hombre tan admirablemente dotado, solo necesitaba de ancho campo en que pudieran ejercitarse y tener aplicacion útil sus extraordinarias facultades: tres años escasos habia tardado en conquistar lo que se llama una posicion y esta le permitia ya satisfacer las nobles aspiraciones de sostener desahogadamente la casa materna y de ayudar á sus hermanos para ofrecerles carrera segun las particulares aptitudes de cada uno de ellos. Así pudo ver pronto un abogado práctico en Emilio, llevado á ello por su carácter estudioso, dulce y reflexivo á la par; un militar en Máximo, dotado de grande energía, siempre sério y severo: y un marino en José que revelando despues dotes especiales, ingresó en la carrera de Administracion con el éxito que todos han podido apreciar en Cuba recientemente; el menor, Serafin, delicadísimo jóven de poética imaginacion, fué arrebatado al cariño de la familia por una dolorosa enfermedad.

En tal situacion se encontraba nuestro amigo, cuando la nueva parcialidad política desgajada tambien del moderantismo y que se denominó de los *polacos*, llegó á dominar con el ministerio Sartorius, produciendo en todo el país un sentimiento de dis

gusto que fué causa del alzamiento de Julio de 1854.

No es lugar este de discutir aquellos acontecimientos; pero cúpleme hacer constar que en ellos tomó parte la nacion entera representada en la aristocracia, la milicia, la alta banca, el comercio y la industria, amen de todos los antiguos partidos políticos. Cánovas se vió arrastrado por los sucesos y en ellos su fuerte personalidad no podia menos que sobresalir. Habia tenido el General O' Donnell ocasion de conocerle en casa de D. Angel Fernandez de los Rios, amigo de ambos, y le habia cobrado grande aficion, apreciando su valer hasta el punto de considerar su cooperacion al movimiento como de grande importancia y formar decidido empeño de llevarle consigo en la azarosa expedicion del campo de Guardias. Por eso despues de la, para todos desgraciada, batalla de Vicálvaro, cuando los jefes del movimiento se vieron en situacion asáz comprometida, fué á nuestro amigo á quien convirtieron sus miradas y bien puede decirse que él los salvó, ideando un modo de utilizar para la revolucion el concurso de las masas populares, como lo consiguió con su célebre programa de Manzanares. El éxito que de tal modo correspondió á las previsiones formuladas, debió dar al autor del pensamiento una posicion conspicua despues del triunfo; y es bien seguro que cuando las cosas tomaron su asiento, una vez ganada la investidura de Diputado por esta su provincia natal en la que su candidatura fué aclamada por la presentacion que de ella hizo el eminente Canónigo, antiguo maestro tambien de Cánovas, D. Rafael Oria,

y ostentándose tan gran orador como todos saben en aquellas Córtes, si hubiera querido ser ministro lo habria logrado. Pero lejos de sentir impaciencia, deseaba formarse mas sólida posicion política que la que de una revolucion resultaba; no queria se dijese que por sorpresa habia tomado una cartera. Por otra parte, su carácter franco y resuelto repugnaba ciertas concesiones que, bien veia, era preciso hacer en aquellos momentos al espíritu revolucionario; y como precisamente, tambien por aquellos dias, habia sido necesario recurrir á él, siendo Sub-Director de política en el Ministerio de Estado, para iniciar negociaciones importantísimas con la Santa Sede, resolvió aceptar una mision especial que se le ofrecia en Roma para donde partió, á fines de 1855.

II.

Los dos años próximamente que, entre los de 1855 y 1857, pasó Cánovas en la Ciudad Eterna ejercieron gran influjo en su espíritu, acrecentando el gusto que siempre mostrara por los estudios históricos y afirmando sus sentimientos de acendrado españolismo. Es la Italia el gran teatro de las glorias militares españolas y no debe admirar que, estudiando y desenvolviendo sucesivamente cada uno de los problemas históricos que entrañan sucesos tan gloriosos como son la batalla de Pavía, la conquista de Nápoles y aún el asalto y saco de Roma, fuera cada vez en aumento su admiración hacia los héroes de esa gran epopeya del siglo XVI, por la que tanto llegó á enaltecerse un país pequeño y que apenas acababa de sacudir entonces un yugo de 700 años. Coincidieron por aquel tiempo y se vieron reunidos de nuevo en la misma Roma, Pacheco y Cánovas: y en mas de una ocasion he sido despues testigo de la

admiracion deleitosa con que eran escuchados ambos, cuando de las cosas de Italia discurrían, en los círculos mas cultos de Madrid. Nadie como el primero para describir exacta, minuciosa y plácidamente los lugares: ninguno como el segundo para evocar en ellos la presencia de aquellas grandes figuras que se llamaron Gonzalo de Córdoba, Pedro Navarro, Antonio de Leyva, el Marqués de Pescára, Fernando de Alarcon, el Duque de Alba y tantos otros. «Algunos autores extranjeros y singularmente franceses, han querido ridiculizarnos por lo ampuloso de «nuestro lenguaje» he oido decir á Cánovas en tales ocasiones «y se ha hecho mofa de aquel magnate «nuestro que decia tenerse en mas que Francisco I «porque este, solo era Rey de Francia y él se veia «todo un caballero español.» ¡Ah Señores!, esclamaba en su entusiasmo patriótico,» cuando esas cosas «se decian, las manos subian bien á la altura de la «lengua; y quien traslada el juicio hasta tal época, «no encuentra la misma exageracion en el concepto!»

Dejemos para mas tarde tratar de los estudios históricos y otras obras literarias que pueden considerarse resultado de la permanencia de nuestro amigo en Italia y sigámosle en su regreso á Madrid despues que, deslindados los campos en una sangrienta lucha de tres dias, se afirmó la organizacion definitiva de la *Union liberal* que, segun antes dije, venia preparándose desde 1849. Muchos somos á recordar la sensacion que produjo en Madrid la llegada del jóven diplomático y lo que influyó para dar á la política del nuevo partido su genuino carácter de con-

ciliador, condicion tan precisa de su triunfo y larga dominacion, como que todo lo perdió cuando se hizo intransigente y esclusivista; mientras cierto altercado con un General de gran prestigio en aquellos momentos por muy recientes hazañas, daba la medida de su energía en todos los terrenos: y despues que durante pocos meses y por razones especialísimas, consintió en tomar el Gobierno civil de Cádiz á instancias de Ysturiz cuya amistad le sirvió tambien para facilitar, en union con Posada Herrera, la vuelta al poder del General O' Donnell, fué al fin nombrado por éste, Director General de Administracion.

Debo mencionar por aquel mismo tiempo el principio de una amistad íntima trabada con ocasion de la breve permanencia que hizo Cánovas en Málaga, al volver de Roma; que semejantes relaciones entre hombres notables, no pueden menos de influir en sus mútuos destinos. Me refiero al Marqués de Loring, cuya casa era entonces y sigue siendo, el centro de la mejor sociedad malagueña. En ella fué acogido nuestro amigo de la manera que á su reconocido mérito correspondia y no tardó en establecerse con toda la familia una intimidad que el parentesco de la Marquesa con D. Serafin Calderon, tio de ésta y de Cánovas á la vez, debia facilitar. Y como por entonces tambien se despertáran las aficiones del eminente Marqués del Duero por las cosas de Málaga, no es de estrañar que en su entusiasmo por toda innovacion y todo progreso, al encontrar en Loring al promovedor de cuantos adelantos y mejoras veia efectuarse en derredor suyo, se aficionase tambien á

él, resultando de aquí entre el Marqués del Duero, el de Loring y Cánovas, la formación de un triunvirato amistoso y cariñosísimo que, de vivir el General Concha, subsistiría en estos momentos aún, y que ha tenido cierta influencia, no de todos conocida, en la política española.

No son para olvidadas de los amigos particulares de Loring las deliciosas veladas que tenían lugar por aquel tiempo, ya en la casa de Madrid, ya en la de Málaga ó en la quinta de *La Concepcion*, según las estaciones del año, con comensales como D. Serafin Calderon, D. Miguel Tenorio, los hermanos Borrajo, Ayala, y tantos otros cuya deleitosa cordialidad sostenía la singular discreción de la Marquesa, el carácter siempre por igual apacible y franco de su marido, la chispeante conversacion de Cánovas y las vehemencias á veces candorosas, pero siempre nobles y patrióticas del general Concha. D. Antonio Cánovas recuerda hoy aquellos años y los señala como de los mejores en su vida: y es que todo parecia favorecerle, lo mismo el triunfo de sus opiniones políticas y la prosperidad del país, que la supremacía de su personalidad dentro del partido cuyo mando ha dejado mejores recuerdos en España. Para colmo de felicidad, conoció y amó por entonces á una mujer que con belleza, juventud, talento y posición, debía satisfacer ámpliamente todas las necesidades de su alma.

El casamiento en Octubre de 1860 con la Señorita D.^{ta} Maria de la Concepcion Espinosa de los Monteros, hija de los Barones del Solar de Espinosa, fué un inolvidable paréntesis en la vida de Cánovas:

paréntesis de tranquilidad y de apacible dicha, que duró apenas cuatro años, amortiguadas las ambiciones, olvidados los accidentes de la lucha y dejando correr el tiempo con el corazón abierto á todas las impresiones dulces. Conservo numerosas cartas suyas escritas en aquella época, de su retiro del Tomelloso las mas, desde Madrid las menos, y todas respiran en sus conceptos esa plácida tranquilidad del alma que es la base de toda felicidad en la tierra. Pero no parece sino que el destino echó de ver repentinamente que habia un hombre que gozaba de demasiados bienes en este mundo y á fin de enmendar pronta y seguramente el descuido, resolvió herir á nuestro amigo en lo mas profundo de su alma con un solo golpe de terrible dureza... ¡Murió aquella esposa idolatrada, de enfermedad lenta y dolorosísima, cuando apenas contaba 25 años de edad! La afliccion de Cánovas fué proporcionada á la grandeza misma de su alma y á la singular vehemencia de sus afectos... ¡Díganlo aquellos de sus amigos que, con sus cariñosos hermanos compartieron su tristeza y se esforzaron en consolarle! ¡Dígalo el virtuoso y sábio Obispo de Pamplona su amigo de la infancia, D. José Oliver, que le sostuvo con los consuelos de la religion!...

Este tristísimo acontecimiento sin embargo no podia ser óbice á que siguiera creciendo la importancia de nuestro amigo. He mencionado las íntimas reuniones que desde muy antes solian tener lugar por la noche en casa de Loring y en las que tanto sobresalia. Pero habia otras de distinto carácter al propio tiempo, que de dia se verificaban, en el despacho del

Director General de Administracion. A ellas concurría entre cuatro y cinco de la tarde un numeroso grupo de jóvenes de gran valer y que reconocían á Cánovas como á su jefe inmediato. Eran estos los hermanos Lopez Roberts, Alvarez-Bugallal, Adelardo Ayala, Alcalá Galiano, Emilio Sancho, Joaquin Escario, Vicente Barrantes, J. Nuñez de Prado, etc., etc., hombres todos importantes como altos funcionarios los unos, como Diputados y periodistas los otros. Mas de una vez surgió en este círculo la idea de que se pusiesen los medios de hacer ministro á Cánovas y siempre se opuso este de la manera mas formal, alegando, como en anteriores ocasiones que no quería tal puesto, mientras no se afirmase la importancia de su personalidad de tal manera que el concurso de amigos y adversarios se lo adjudicára: y tal era la confianza que en su propio valer tenía que, discutiendo en una ocasion con el mismo jefe del Gobierno sobre cierta gestion que se le encargaba contra su parecer y creyendo el General O' Donnell atraerle á sus miras ofreciéndole que le haría Ministro no muy tarde, «¡yo lo he de ser!» contestó Cánovas, dando por terminado el asunto. Y como por aquellos dias debiera proveerse una plaza vacante en la Academia de la Historia, declaró que, si sus estudios en la materia se consideraban título bastante, seria mucho mas grato, para él, un nombramiento de académico que el de ministro. No tardó en ver realizados tan plausibles deseos, siendo de notar que quien mas empeño puso en el triunfo de su candidatura, fué el

gran crítico literario D. José Amador de los Rios que tan opuesto se manifestó siempre á que ingresáran hombres públicos en estas corporaciones.

¿Qué habia en Cánovas que pudiera dar razon de todos estos éxitos que así le permitian despreciar las ocasiones de engrandecimiento que los acontecimientos políticos le deparaban? ¿dónde encontraba el secreto de esa fascinacion que por todas partes ejercía? ¿por qué esa superioridad siempre incontestada? No es fácil marcar en él una cualidad única sobresaliente que sea bastante á satisfacer un espíritu investigador á este respecto. Es un conocimiento exacto de su época; es un tacto esquisito para juzgar á los hombres; es una laboriosidad incansable servida por un organismo vigoroso: es un fondo inagotable de patriotismo, de benevolencia y de generosidad. Vedle discutir en un círculo, brillando desde luego por su prodigiosa facundia: ved cual se anima y exalta por la contradiccion de los que pasan por fuertes y los abruma con una incontrastable lógica que amenizan los chistes mas picantes y conceptuosos ¿no hay medio de contener su palabra ni de parar el torrente de sus ideas? lo hay bien sencillo; y es que muestre deseos de hablar uno de los modestos, uno de los humildes; observad entonces cual se trasforma y suspende su argumentacion para hacerse todo oidos; á lo mas, se permitirá una palabra de animacion ó alguna observacion que dé realce á lo que dijo el nuevo interlocutor, repitiendo frecuentemente palabra por palabra lo que á este oyó (en lo que le ayuda su prodigiosa memoria) procurando así á quien menos

lo podía esperar, una satisfaccion de amor propio que no será para olvidada, y contando de esta manera con un amigo entusiasta mas en adelante.

Por otra parte, su desinterés y despego por lo que á la inmensa mayoría de los hombres seduce y coarta, no tiene ejemplo. Dificilmente se encontraría en esta época quien pudiera continuar como él la obra literaria y filosófica de nuestro compatriota Séneca, sobre los bienes mundanales: si fuera rico, no hallaría manera de arreglar su vida. Véase como ejemplo el único ensayo de opulencia, si bien utilitaria, que trató de hacer en estos últimos años. En su gusto por la vida del campo en Málaga y habiendo sabido que su amiga la Marquesa de Bedmar habia conseguido librarse de un tenaz catarro en solos ocho dias, pasados bajo el influjo de nuestro privilegiado clima, como él mismo se viera molestado frecuentemente por un coriza, cuya predisposicion hubo de adquirir en Roma, ideó arreglar á su gusto una casita de campo en Málaga; y al efecto, encargó á uno de sus amigos la adquisicion de tres ó cuatro hectáreas de tierra sobre la costa inmediata, facultándole para emplear en esta compra de dos á tres mil duros y otro tanto en hacer la casa y formar un jardin. «Con esto» decia, «en lugar de encerrarme por quince dias en Madrid, me paso ocho en Málaga cada vez que me resfrie y gano una semana de trabajo.» Pero cuando en la realizacion del pensamiento se estaba y muchos de sus amigos contribuíamos á su adelanto, hé aquí que una tormenta se lleva todo lo hecho. Han transcurrido cuatro años y siguen paradas las obras

siendo cosa de ver la cara de asombro que puso el nuevo propietario, cuando alguien le dijo á presencia mia que la cosa no tenia importancia pues que con ocho ó diez mil duros se remediaba todo; «¡diez mil duros!» exclamó escandalizado, «jamás pude verlos juntos en mi casa!»

Volvamos á la narracion y al dia en que nuestro amigo sucedió á Lorenzana en la Subsecretaría de Gobernacion subiendo cada vez mas su importancia política. Esta llegó á ser tal en aquella situacion que, bien á su pesar, hubo de verse jefe de la parcialidad mas templada entre las diversas que, como á toda coalicion sucede, no podia menos de trabajar tambien y perturbar á la *Union liberal*. Grandes fueron los esfuerzos de Cánovas para evitar que esas interiores disidencias salieran á fuera y mucho trabajo por contener al General O' Donnell en la pendiente por la cual le arrastraba la influencia de ciertas personalidades de un círculo muy íntimo que ciertamente no eran de las que daban mayor respetabilidad y lustre al partido: bien puede asegurarse que esos trabajos y la autoridad de Cánovas, prolongaron mucho la duracion de aquel gobierno. Pero esa misma duracion era causa de acrecentamiento para las exigencias mas injustas y perturbadoras. Háse dicho que entre moderados y progresistas nunca hubo diferencias de principios, sino de caracteres y no es necesario determinar ahora quienes debian ser por entonces los impacientes y difíciles de contentar. Molestos con la denominacion de *resellados* que el vulgo les imponia, temian justificarla los antiguos progre

sistas si no hacian predominar sus ideales en las leyes y en los actos del gobierno: esto explica que durante aquellos cinco años tan prósperos, no se confeccionára ley alguna de verdadera importancia: empeñábanse particularmente en anular por completo la accion de la corona que Cánovas sostenia como indispensable para la buena ponderacion de los poderes públicos: y tomó cuerpo tal disidencia al tratarse de la ley de Ayuntamientos y del nombramiento de Alcaldes que aquellos pretendian fuera en todo caso por eleccion entre concejales, pero surgió la cuestion de Méjico y al considerar el ultraje inferido á uestra dignidad nacional por la espulsion de nuestro embajador en aquella perturbada república y dado el vivo patriotismo de Cánovas, ya se comprendió la imposibilidad de que se prolongara el concierto entre hombres de sentimientos y opiniones tan opuestos.

Los que despues de mucho tiempo trascurrido han formulado un cargo contra Cánovas por su separacion de O' Donnell, olvidan los prolongados incidentes de esta importantísima cuestion; la estraña conducta de Prim en el Senado, donde el General Concha presidiendo hubo de amonestarle un dia por su *falta de patriotismo*; y la manera ciega y desatentada como los resellados seguian á su antiguo caudillo. Cánovas llegó á exaltarse hasta el punto de decir á Prim que «conocia sus miras y sabia desbaratarlas;» á lo que éste replicó que «con dos compañías se jactaba de derribar al Gobierno.» ¡Dígase si en tal disposicion los ánimos, era posible la armonía cuando la falange exaltada contaba en la tertulia de

casa de O' Donnell con tan gran número de adeptos!

Era Cánovas partidario de una accion europea en Méjico cual años despues hubo de intentarse y se malogró por el arrebato de Prim; mas aún que por las interesadas miras de Napoleon III. ¡Cuán distinto no se ofrecería hoy nuestro porvenir en América si el éxito hubiera coronado tan gran empresa! Por lo demás, bueno será con esta ocasion enlazar la conducta de Prim en el Senado en la legislatura 1858-1859, con los móviles que le pudieron determinar al resolver el reembarque de las tropas españolas de Méjico, tres años despues. Así se hará justicia.

Repetíanse, pues, los conflictos y hubo de llegar el dia en que nuestro amigo, herido en su dignidad de hombre público, vió la necesidad de retirarse para salvar la integridad de sus convicciones. Sin duda la votacion que dió la primer Vice Presidencia del Congreso á D. Modesto Lafuente en perjuicio de Cánovas, no fué un golpe dirigido á éste, sino á la parcialidad que bien contra sus deseos acaudillaba: mas por lo mismo debió proceder como lo hizo, separándose con dolor del hombre eminente con quien durante largo tiempo habia compartido, mas bien los riesgos y trabajos que la gloria ni el provecho de una dominacion difícil y laboriosa.

Dos años próximamente duró aquel retiro y no hay que decir si fueron aprovechados en fructuosos estudios literarios y en frecuentes escursiones á esta Málaga querida. Cayó al fin O' Donnell por no haber sabido mantener mas tiempo la entereza de sus prin-

cipios políticos y le sucedió un Gabinete de conciliacion que bajo la presidencia del Marqués de Miraflores, debia llevar alguna calma á los ánimos. Por desgracia jugaban en la política caracteres turbulentos, alguno de los cuales llevaba en ocasiones su exaltacion hasta los umbrales de la locura. Gonzalez Bravo por una parte con sus adláteres Albareda y Valera; Rios Rosas por otra con su imponente aislamiento que algo de feróz y mucho de incomprensible tenia, imposibilitaban toda situacion estable. Cánovas luchaba constantemente por traer los ánimos á términos razonables, hasta que indignado un dia en que descaradamente hacian alardes de liberalismo aquellos que mas duramente habian combatido los principios liberales: y al ver á los redactores del periódico ultra-moderado *El Contemporáneo* pretender emular no ya solamente á los *resellados* sino tambien á los progresistas intransigentes, para reclamar nuevas libertades que el pueblo no pedia, pronunció su célebre frase declarando que «él no haria puja en aquella »subasta de un ridículo panliberalismo.»

Organizóse al fin un Ministerio de mas fuerza con Arrazola y Lersundi quienes se apresuraron á ofrecer una cartera á Cánovas, enviándole su nombramiento firmado: pero nuestro amigo no lo quiso aceptar temiendo que por lo mismo que tan enérgico se habia mostrado en defender los principios de orden, pudieran suponérle miras interesadas: devolvió, pues, el despacho con lo que D. Antonio Benavides ocupó el puesto que á Cánovas se destinaba. Pudo despues de todo vencer su resistencia en 1864 D. Ale-

jandro Mon; y tan es-exacto que Cánovas consiguió realizar su antiguo propósito de no ser ministro sino cuando á ello le arrastrára el peso de una gran importancia política, como que, apesar de ser la primera vez que se veia con tal investidura, aquel Ministerio tomó su nombre y fué designado desde el primer dia con la doble apelacion de Mon-Cánovas: sucedia esto en Febrero del citado año de 1864. Y como dicho Gabinete debia tener un carácter transitorio puesto que el mismo Mon sólo aceptára en este sentido su presidencia, nuestro amigo que en él llevaba la mayor significacion política, fué llamado naturalmente á formar una base para que sin violencia volviera don Leopoldo O' Donnell al poder, confiando á Cánovas el Ministerio de la Gobernacion; de esta suerte y entre ambos Ministerios hubo de desempeñar sucesivamente las carteras de Ultramar, Hacienda y Gobernacion, dando muestras de esas universales aptitudes que han de concurrir en una verdadera eminencia política.

Conocida es de todos, la sublevacion del cuartel de San Gil que no pudo menos de promover desconfianzas en el ánimo de la Reina manifestadas terminantemente al someterle el nombramiento de treinta Senadores con lo que cayó de nuevo O'Donnell dejando el poder en manos de Narvaez. Cánovas que no tenia especiales motivos de sentir su retiro, vió sin embargo con inquietud primero, con asombro y hasta con espanto despues, la marcha que se trataba de imprimir á la política española cuyo retroceso en una época en la que todas las naciones, inclusa nues-

tra vecina la entonces imperial y autoritaria Francia se adelantaban, no podia menos de producir sensibles estremecimientos en el interior, complicados de conflictos en el exterior. No escaseó ciertamente sus consejos, ni dejó de advertir en el parlamento los peligros que se corrian al seguir semejantes derroteros, colmando sus alarmas, despues que falleció el Duque de Valencia, la llamada al poder de Gonzalez Bravo que por su historia mas aún que por sus ideas políticas, era una especie de reto lanzado á los partidos liberales. La determinacion que estos al fin tomaron no hay para qué decirla: pero como en alguna ocasion, haya habido quien se autorice de los actos de franca oposicion que á dicho Gobierno hacia nuestro amigo para suponerle simpatizador de la revolucion de Setiembre y del derrocamiento de la dinastía reinante, yo debo dar fé de lo contrario por haber tenido muy especial ocasion de comprobarlo, en union de otras personas igualmente fidedignas cuyo testimonio invocaria si necesario fuese.

Llegado á París en Octubre de 1867 sin mas objeto que el de visitar la exposicion universal de dicho año, tuve el gusto de encontrarme con dos antiguos compañeros de redaccion periodística, uno de los cuales desempeñaba por el Gobierno español, en la dicha esposicion, cierto cargo de carácter oficial: y al darme noticia de los disgustos que por ello le habian sobrevenido y le obligaban á dimitir, como yo le aconsejára un pronto regreso á Madrid, me declaró no volveria á España mientras

ocupára el trono D.^a Isabel II: y al estupor que yo manifesté, de suponer, siquiera la posibilidad, de una catástrofe como la indicada, correspondieron ambos amigos manifestando á su vez gran sorpresa de que yo ignorára ciertas cosas. Salí de aquella conferencia tristemente impresionado y sabiendo que acababa de llegar D. Antonio Cánovas, de regreso de una excursion á las riberas del Rhin, me dirigí á su casa para comunicarle mis aprensiones y saber su opinión sobre tan estrañas nuevas «¿qué quiere V. que le diga?» me contestó desde luego «ó ellos »están locos ó lo estoy yo; marchó á Biarritz á conferenciar con D. Leopoldo O' Donnell que es bien seguro reprueba semejantes insensateces: en Madrid »podré decir á V. algo mas.» Y con efecto, pocos dias despues, me confirmaba sus previsiones Cánovas: ni D. Leopoldo ni ninguno de los hombres que ilustraron á la primera y genuina *Union liberal*, debian prestar su asentimiento á la tan deplorable revolucion.

Véase tambien como prueba de lo mismo, el juicio que sobre las opiniones del Sr. Cánovas, respecto de la revolucion de Setiembre, emitia un escritor francés que concienzudamente y con la imparcialidad que su cualidad de extranjero le facilitaba, estudió el periodo revolucionario de 1868 á 1873. Me refiero á Victor Cherbuliez que en su obra *L'ESPAGNE POLITIQUE* publicada en 1874 y en la página 83 se expresa del modo siguiente: «Una fraccion de la *Union liberal* »habia rehusado participar en la revolucion de Setiembre: esta pequeña falange dirigida por un hom-

»bre superior, el Sr. Cánovas del Castillo, quien tan
»hábil orador como sagáz político adunaba la auto-
»ridad del carácter con la del talento, sostenia la
»monarquía legítima, representada por el hijo de la
»Reina Isabel, el jóven príncipe Alfonso.»

Ocurrió al fin aquel terrible suceso que tanta ruina, tantas desdichas y tantas lágrimas costára y Cánovas que se sintió herido mas que todo en su amor pátrio, se dispuso á soportar tan grandes dolores con viril entereza, entregándose al estudio con mas ardor cada dia. Algunas escursiones hizo tambien á Málaga por entonces y enmedio de la tristeza con que del porvenir de la pátria nos hablaba, su admirable instinto político le hacia vislumbrar esperanzas que muy pocos abrigaban en aquellos primeros dias. Recuerdo que, viajando con él en cierta ocasion y departiendo sobre las eventualidades que se presentaban como salvadoras, siquiera fuese de la nacionalidad que tanto llegó á peligrar; haciéndose cargo de las candidaturas que para el restablecimiento de un trono cualquiera, se nos ofrecian por diversas parcialidades, la del Duque de Montpensier, la del Rey de Portugal y aun la de Espartero, «no hay que hacerse ilusiones,» me dijo, «un pueblo pobre é ignorante ha de inclinarse á la república; y para someterlo por la fuerza, es preciso apoyarse en la legitimidad. Nuestro porvenir no puede cifrarse mas que en D. Alfonso y hay que esperar á que sea hombre. Entretanto, resignémonos á sufrir grandes perturbaciones y pidamos á Dios, nos dé la resistencia necesaria.»

Bien puede afirmarse que estas palabras compen

diaban todos sus propósitos en aquel tiempo y constituían un programa político definido: muy difícilmente se probaría que ningún otro hombre público de España, fijára desde el primer día de la revolución sus ideas y formulára sus aspiraciones con igual claridad. Partiendo de la imposibilidad absoluta de que el gobierno republicano prevaleciera, ni transigia con la monarquía de Montpensier que era la mas preparada, ni concedía verdadera importancia á la de un príncipe extranjero. Tampoco juzgaba posible el restablecimiento, en el trono, de D.^a Isabel II. Todas sus esperanzas se concentraron en el príncipe Alfonso y enarbolando inmediatamente esta bandera, se dispuso á esperar los acontecimientos y á preparar su triunfo.

Solo por este raro acierto que casi puede llamarse hijo de una maravillosa intuición, puede comprenderse que retirado Cánovas de la vida pública, habiendo dejado de concurrir á los círculos políticos, despues que rehusára la presidencia de una seccion del Consejo de Estado con que la revolución intentaba alhagarle y atraerle y encerrado en un modesto cuarto segundo de la calle de la Madera, viera írsele aproximando sucesivamente, uno á uno y al compás de los desengaños, á los hombres mas importantes de los antiguos partidos y aun algunos de los modernos revolucionarios. El Marqués de Cabra, el de Molins, Alejandro Castro, Cárdenas, Escobar, Rubí y los Barzanallana por un lado; Romero Robledo, el Marqués de Corvera, Lopez Roberts, Groizard, Elduayen y Ayala por otro, iban tocando á las puertas de aquel

modesto retiro en el que presentian encontrar una idea salvadora, encarnada en un hombre de convicciones inquebrantables y que se comprendia ser el destinado para dar término á los males de la patria. Veámos como pudo esto efectuarse.

Para dirigir los trabajos de la restauracion, habia dado la Reina poderes al Duque de Montpensier, no siendo fuera de toda oportunidad recordar aquí el rasgo de delicadeza de otro notable malagueño D. Agustin de Torres Valderrama encargado de llevar al Duque dos millones de reales para gastos de un movimiento que, como verdaderamente nacional, habia de realizarse sin dispendio alguno. Pero basta meditar un poco para comprender cuanto habian de estorbar á Montpensier sus antecedentes para llevar adelante una empresa de carácter tan opuesto á sus antiguas aspiraciones y tendencias. Por otra parte, impuesta la misma Reina en el prestigio que alcanzaba nuestro Cánovas, dió especial encargo al Marqués de Molins para que de él solicitara un concurso directo: y creyendo llegada la oportunidad de dar al país un manifiesto, quiso le procurasen modelo de él, Cánovas, el Conde de San Luis y D. Juan Bravo Murillo.

Convencido á su vez el Duque de Montpensier de la preponderancia adquirida por nuestro amigo entre todos los adversarios de la revolucion, quiso dar prueba de lealtad y buena fé llamándole á una conferencia que tuvo lugar en *Perigueux*. Algo debió tratarse en ella sobre la conveniencia de un movimiento militar que no hubiera sido difícil promover en favor

de la restauracion: pero al considerar Cánovas el incremento que iba tomando la guerra carlista, temió contribuir al desgarramiento de la pátria provocando una guerra civil mas, cuando ni encontraba bien resuelta la abdicacion de la Reina en su hijo que él consideraba indispensable, ni se hallaba organizado el partido liberal conservador que estaba propuesto á fundar.

Constituyóse al fin este partido con los antiguos unionistas dinásticos que desde el primer dia seguian á Cánovas, los moderados (con la sola excepcion importante de D. Claudio Moyano) y los revolucionarios desengañados que se reunian en el Círculo de la calle del *Correo*: y Cánovas dió encargo especial á Ayala para que, utilizando el patriótico impulso que habia dado lugar á la formacion de los Círculos *hispano-ultramarin*os en los que dominaban naturalmente los elementos conservadores, fundára una Liga Nacional que tuviera por objeto inmediato el convertir las dichas instituciones, meramente manifestantes hasta entonces, en centros de una política activa y resueltamente alfonsina.

Secundaban entretanto las miras de Cánovas en Paris el siempre leal Marqués de Molins y el hábil cuanto espléndido y desinteresado capitalista D. Jacinto Ruiz, resolviéndose al fin la Reina á abdicar y llamar á nuestro amigo para confiarle de una vez todos sus poderes como Reina y como madre: así se lo dieron á conocer, ejerciendo de especiales mandatarios para tan alto mision D. Alejandro de Castro y el repetido Marqués de Molins que para

ello le esperaban ansiosos. Cánovas aceptó el importantísimo cargo en una afectuosa conferencia que tuvo con la Reina, convenciendo á esta con razones respetuosamente expuestas de la necesidad que habia de que aquellos poderes tan ámplios y elevados, lleváran no solamente la firma de la egrégia Señora, sino tambien la de su hijo D. Alfonso.

Así tuvo lugar con efecto y bien se comprende, por lo que, sin tan alta investidura, habia hecho Cánovas, cuanto alcanzaría despues de obtenerla: porque debe recordarse que además de reconocérsele jefe único del partido alfonsino, las demás oposiciones se sometian tambien á su influencia y obedecian á su direccion. Despidióse, pues, nuestro amigo, no sin pesar, de sus libros y ya no hubo momento de reposo pára él. De dia, de noche á toda hora, veia su casa invadida por hombres importantes de los diversos partidos. Recuerdo que por aquel tiempo habiendo necesitado tratar con él de un asunto particular no político, por el que habia ido yo á Madrid, y habiéndome citado para que hablásemos muy de mañana, al saltar de la cama, por pronto que acudí á la cita, ya encontré el recibimiento lleno de personajes. Tal era la preparacion larga y laboriosa que la restauracion iba teniendo; que mucho se equivoca quien crea que empresas de tal magnitud, de tal complicacion y trascendencia, pueden nunca deberse á la irreflexion y al acaso.

III.

Ocioso por demás sería detenerme á relatar sucesos que están en la memoria de todos, ¿quién ignora los ofrecimientos que á Cánovas se hicieron el 3 de Enero de 1874 y su actitud intransigente con una forma de gobierno que representaba la negacion del derecho y de la legitimidad á la cual rendia tan ferviente culto? Conocido es cuanto importa y ha debido publicarse lo mismo sobre los acontecimientos militares de San Pedro Abanto y sus consecuencias con la entrega del ejército del Norte al General Concha, que sobre todo lo demás que siguió; y lo que del público se reservó entonces, velado debe quedar todavía. Baste saber por ahora que ese prodigioso suceso de una restauracion verificada en coincidencia con dos guerras civiles por la revolucion provocadas, y llevado á término sin que diera lugar á verter ni una gota de sangre ni una lágrima, fué laboriosa y sábiamente preparado. Y aquí me permitiré hacer lugar para

otro personal recuerdo que como los anteriores, confío se me dispense, en gracia de la autenticidad que todos prestan á los hechos relatados.

La restauracion estaba tan bien preparada por Cánovas como que en Octubre de 1874 no habia un alfonsino en Madrid que dudára de su éxito. Hube yo de volver á dicha capital en los primeros dias de Noviembre y al lamentarme, en el abandono de amistosa conversacion con D. Francisco Silvela, ese honradísimo y simpático adalid del partido conservador que tambien como Cánovas ha llegado á ser Ministro por aclamacion de sus mismos adversarios políticos, por la lentitud con que las cosas para nuestra impaciencia marchaban.

—«Tranquílcese V.,» me dijo con apacible sonrisa, «no trascurrirán tres meses sin que D. Alfonso sea Rey de España.»

—«¡Tres meses!, repuse yo. «Pero por pronto que se promueva un levantamiento en Madrid ú otra gran capital ó en el ejército, ha de haber lucha y lucha cruenta y larga... una guerra civil mas.....»

—«Eso es justamente lo que tratamos de evitar y por eso hemos tardado tanto: pero la cosa es ya tan segura que el gran trabajo de Cánovas es hoy contener la impaciencia de algunos militares, como sucede con el Conde de Valmaseda empeñado en irse á Granada para sublevar aquella Capitanía General, Málaga inclusive.»

—«Pero eso me parece un imposible!...»

—«Ciertamente que puede elegirse mejor punto;

»si nó por la tropa que está unánime en todas partes,
»por el paisanaje al ménos. Nuestro Cánovas aspira
»en esto como en todo á la perfeccion y quiere que la
»cosa se verifique sin lucha, ordenadamente y *como*
»*en un tablero de damas*: y fuerza es confesar que así
»hubiera ya tenido lugar sin la desgraciada muerte
»del General Concha: faltando éste, considero indis-
»pensable un acto de fuerza, siquiera sea momen-
»táneo.»

No creí prudente preguntar mas: pocos dias des-
pues en Granada, algunos amigos de la Capitanía
General, me confirmaban lo referente al General
Villate. Allí como en otras muchas partes, pude juz-
gar de la manera como coadyuvaba á la obra el enér-
gico y activísimo Romero Robledo y bien se com-
prende que no debió ser grande mi sorpresa por
recibir la noticia de la proclamacion en Sagunto.
Cánovas se hizo cargo inmediatamente del Poder
Supremo y en nombre del Rey D. Alfonso XII ejerció
en los primeros y mas difíciles momentos, una omní-
moda y provechosa dictadura.

IV.

Llegado el que por primera vez apellido nuestro héroe al puesto mas elevado á que un ciudadano puede aspirar en su país, deberia yo poner término á esta reseña biográfica; porque de su carácter privado creo haber dicho lo bastante; y sus hechos públicos, sobrado visibles son desde tan grande altura. Pero se ha pretendido lanzar sobre él una acusacion á la que yo debo contestar porque lo puedo hacer, no ya como amigo suyo, sino como Diputado á Córtes que he sido y en representacion de una provincia cuyos especiales intereses han estado en juego en el asunto mismo de que se trata. Me refiero al rompimiento con el General Martinez Campos cuya conducta inconsecuente y violenta, contrasta de todo punto con la manera noble y elevada con que Cánovas puso á su disposicion todos los elementos de gobierno que tenia y le defendió eficazmente contra los ataques de una oposicion sañuda que llegó hasta negar á dicho

General todo mérito así como toda aptitud para gobernar.

Se han atribuido à D. Antonio Cánovas intenciones aviesas para ver de anular el prestigio, que por su fortuna en lo militar y su meritoria iniciativa en Sagunto, habia conseguido el general Martinez Campos; y se ha llegado hasta decir que, conociendo muy á fondo á éste y persuadido de su incapacidad para sostener las luchas parlamentarias, le habia llevado á ellas por medio de habilidosa trama para que en breve tiempo sucumbiera y cayera envuelto en nube de ridículo. Nada mas fácil de desvanecer que semejantes imputaciones. Lejos de pretender rebajar en lo mas mínimo la personalidad de Martinez Campos, D. Antonio Cánovas, conocedor de sus mas vehementes aspiraciones, le llamó para concluir la guerra de Cuba, dándole al efecto tales y tan poderosos elementos como jamás se confiaron iguales en España á un Caudillo militar para empresa alguna. Veinte y cinco mil hombres de refuerzo con veinte y cinco millones de duros y las mas amplias facultades, llevó dicho General á Cuba; y motivo habia para esperar que tuviera con esto lo bastante para vencer, sin comprometer además el porvenir de la Hacienda española.

Concluyó efectivamente aquella guerra; por entonces al menos; pero bajo tales condiciones de pacto que resultaba del todo imposible su cumplimiento: no solamente se imponian por ellas al Tesoro español cargas que no podia llevar, sino que se exigian alteraciones en la legislacion aduanera que envolvian

la ruina de cuatro provincias peninsulares. En vano se esforzó el Sr. Cánovas en probar todo esto al General Martinez Campos, primero por escrito, despues en conferencia verbal, haciéndole venir al efecto á Madrid: y no logrando convencerle, por un rasgo de abnegacion y lealtad de que muy pocos son capaces, le invitó á que ocupara su puesto de Jefe del Gobierno y probara por sí mismo hasta qué grado eran insuperables las dificultades que el convenio del Zanjón ofrecía. Concretándome yo á la cuestion azucarera, me bastará invocar el testimonio de los Diputados, Senadores y Fabricantes de azúcar que fuimos llamados á Madrid con tal motivo, para una reunion que debia celebrarse en el Ministerio de Hacienda el 14 de Noviembre. ¡Digan todos mis compañeros en aquellos amarguísimos dias hasta donde llevamos nuestro espíritu de transaccion, aconsejados en esto por el mismo Sr. Cánovas! ¡y cuántos esfuerzos no hicimos para convencer al Jefe del Gobierno de que habia, no una sola, sino veinte soluciones conciliadoras que podian adoptarse en vez de la única inaceptable que se empeñaba en sostener! Recuérdese bien de qué modo recibió aquella representacion de cuantiosos intereses y que no fué posible conseguir, ni una explicacion suya, ni que oyera las nuestras!

Ahora, pues; los que así fuimos tratados, ni teníamos medios de resistencia, ni una posicion política que poner á salvo; pero el Conde de Toreno, pero el Marqués de Orovio, ¿podian decorosamente rendirse á imposiciones de tal género? No necesita de mas explicacion la crisis que promovieron.

Inútil considero ahora comentar sobre la importancia y los méritos de los servicios prestados á su país por el hombre cuya historia he reseñado en tan breves términos. Tengo para mí que, en los tiempos modernos, nadie ha hecho tanto ni tan bueno. Verdad es tambien que son muy pocos los que alcanzaron tal suma de poder. En España, únicamente podríamos citar á Espartero y á Serrano: pero ambos ceñían espada y fueron promovedores, con mejor ó peor motivo, de sangrientos disturbios.

Cánovas con incomparable firmeza de carácter y con maravilloso talento, parece como que se ha propuesto realizar humanitariamente, sin sacrificios cruentos, las mas altas empresas y lo ha conseguido venciendo inimaginables dificultades: no hay que traer de nuevo á cuento lo que muchos llaman el milagro de la restauracion: pero recordemos de qué modo dió fin seguro á la guerra carlista ¿fué alguna gran batalla la que decidió aquella lucha? ¿fué alguna singular combinacion estratégica ó algun atrevido golpe de mano? ¿hay algun caudillo que haya reclamado para sí esta gloria? No; aquella guerra concluyó por una enorme acumulacion de gente. Cuarenta batallones llevó el General Jovellar á las provincias del Centro para reforzar el ejército que allí existia y vencer á Dorregaray. Esto conseguido, pasaron á Cataluña cincuenta mil hombres para engrosar las huestes de Martinez Campos, tomar la Seo de Urgel y aniquilar aquellas facciones: mas de ochenta mil soldados pudieron entonces unirse á otros tantos, cuando menos, que operaban en las provincias vascongadas, y esto

parecia sobrado para resolver la cuestion; Cánovas quiso mayor seguridad y arrostrando la impopularidad de decretar una nueva quinta de cien mil hombres, hizo confluir tal suma de fuerzas en un momento dado sobre el campo de la lucha, que el ejército carlista sucumbió, bien puede decirse, ahogado en gente. El procedimiento fué sin duda costoso en dinero; pero ¿se pagará nunca demasiado caro el ahorro de sangre en una guerra entre hermanos?

Es evidente que para encontrar analogías con nuestro ilustre amigo, hay que ensanchar el campo y recurrir al extranjero: tal vez sus símiles de la época presente podrian hallarse en Cavour ó en Bismarck; pero si ha de establecerse comparacion acertada, justo será tener en cuenta lo mismo la magnitud de la obra hecha por cada uno, que la importancia de los elementos de que dispusiera para ejecutarla, ¿qué habrian hecho esos personajes en España? ¿qué habria podido hacer Cánovas en Italia ó en Prusia? Todo habia de ser bien pesado.

Por lo pronto, y para no invocar mas testimonio que el imparcial de un extranjero, véase cual es el juicio que un republicano de gran autoridad en su país y aún en toda la América Española, el Doctor Avellaneda, ex-presidente de la República Argentina, emitia hace dos años en una ocasion solemne. «¿Dónde hay en Europa» decia «otro gobierno monárquico »nacido de un voto libre, sin que le haya apoyado »el estampido del cañon y que se haya consolidado »enseguida, no al abrigo de los antiguos doseles, sino »bajo la egida del génio político representado por

»uno de sus mas grandes hijos, *Cánovas del Castillo?*
»(Grandes aplausos.)

»Sí ¡Cánovas del Castillo! El nombre se me es-
»capa, tal vez indiscretamente, en la improvisacion,
»pero no lo recojo, puesto que lo encuentro aceptado
»por vuestros aplausos. ¿Por qué rehusaríamos preci-
»samente un homenaje á la inteligencia de un hom-
»bre, en esta hora y en este lugar destinados á la
»exaltacion de las altas facultades del espíritu hu-
»mano, cuando su inteligencia pudo hacerle tan
»grande que, siendo súbdito, dió la corona á su Rey?»

Si solo á la Historia incumbe dar un juicio defi-
nitivo sobre lo que fué el político, no es tan difícil
decir algo sobre las peculiares originalísimas condi-
ciones del orador parlamentario y del literato. Para
lo primero su gran memoria, su aficion al método y
la incansable laboriosidad de toda su vida, le ayudan
con materiales abundantes y ordenados; mientras la
perspicacia, la pronta comprension, la rapidéz para
formar el juicio y la facilidad de la espresion, le
llevan al buen empleo. Cánovas puede clasificarse
entre los oradores reflexivos: pero cuenta en ocasio-
nes con un maravilloso instinto que repentinamente
y á impulsos de determinadas circunstancias, le lle-
van al encuentro de las ideas mas originales, mas
nuevas y mas atrevidas: pero siempre grandes, siem-
pre elevadas y como cirniéndose en las alturas de un
elevado patriotismo. Por eso se le vé sobresalir en
las réplicas y los incidentes inesperados; y por eso,
él, que tanto piensa y estudia, es partidario de la
improvisacion en aquellos dias de circunstancias es-

cepcionales en los que puede convenir olvidar ó desentenderse de cierto género de recuerdos y prescindir de embarazosas consideraciones, para subir á las regiones del sentimiento en alas de un puro y desinteresado idealismo.

Por tal manera le hemos visto elevarse con elocuencia meditada y sóbria sobre los mas eminentes oradores de una Cámara que por el número y la calidad de éstos, era tenuta por la primera del mundo. Y el mismo Castelar, ese gigante de la palabra, se ha visto eclipsado en alguna ocasion por quien, usando mas sóbriamente de los recursos retóricos, ha sabido conmover profundamente los ánimos, no tanto por la belleza de la espresion como por el alcance y la fuerza del pensamiento. ¿Quién no recuerda las veces que ese mismo Castelar, tan amante tambien de nuestra España, ha electrizado al Congreso al hablar del concepto de la pátria, empleando para espresarlo las frases mas tiernas y mas impregnadas de poesia? Cánovas para lograr lo mismo, ha concentrado todo el sentimiento en una idea de irresistible empuje y cuidándose poco de la frase, háse limitado á exclamar con viril entereza, «*con la pátria se está con razon y sin razon; como se está con el padre ó con la madre.*» Un inmenso y unánime aplauso en el que no era la menor parte la que tomaban sus adversarios políticos, le decia bien á las claras que habia conseguido plenamente su elevado propósito y hasta el punto de que, arrebatado de entusiasmo el tambien elocuentísimo Mar-

tos, exclamaba: «*Este hombre es mas grande que su pais!*»

¿Pero qué mas? Vivo está todavía el recuerdo de la discusion del mensaje en la primera legislatura de las actuales Córtes. Se habian preparado detenidamente los mejores adalides del partido conservador para presentar la batalla; y habló Romero Robledo con esa elocuencia impetuosa que sabe convertir en dardo agudo cada razon y en abrumadora masa cada argumento; y habló Silvela con ese ingénio profundo y sincero á la vez que inspira, á la par de la simpatía y del convencimiento, un avasallador respeto. Y despues de estos admirables discursos, nos preguntábamos todos ¿qué podria decir Cánovas? y cómo habria de tratar la misma cuestion agotada ya, para mostrarse digno Jefe de tan esclarecidos campeones? Baste decir que lo consiguió, segun testimonio de amigos y adversarios, conmoviendo á todos y obligándoles á reconocer en él una superioridad indiscutible.

Espuesto lo que ha sido D. Antonio Cánovas como eminente repúblico español, no estaria bien cerrar este capítulo, sin decir algo de lo que como malagueño ha podido hacer con aquel carácter; porque si bien es cierto que cuanto mas alta se eleve una personalidad patriótica, mas agena la debemos considerar de los intereses de familia ni de localidad, no puedo al fin desentenderme de que escribo para una publicacion genuinamente malagueña. (1)

(1) *Hombres notables de Málaga y su provincia.*
Coleccion de Biografías malagueñas.

Pocos hombres políticos se podrán citar que tantas muestras de cariño hayan dado á los lugares donde nacieron, conservando en ellos todas, absolutamente todas, sus amistades de niño y aceptando cuantas mas le han deparado las circunstancias; hablen por mí los Serrano, los Diaz, los Solier, Oliver, Castillo, etc., siendo de notar que cuando tan celoso de su dignidad personal se ha mostrado siempre en los altos círculos políticos de la Côte, en Málaga, es tal su afan de llaneza y familiaridad que en ocasiones ha dado lugar á algun incidente cómico: recuerdo, por ejemplo, un sujeto que, sintiéndose celoso de los muchos amigos suyos á quienes tuteaba Cánovas, le escribió á Madrid en solicitud del mismo privilegio que con toda seriedad le fué concedido á vuelta de correo; y es de ver la alegría que demuestra cuando viene á Málaga, al recorrer, casi ocultándose, las calles de todos los ámbitos de la poblacion, aún á trueque de sufrir algun percance que puede ser consecuencia del incógnito, como el que relata con evidente complacencia en su último libro publicado, *El Solitario y su tiempo*. Aludo al peligro que corrió en una ocasion, no obstante su cualidad de Jefe del Gobierno, al atravesar el seco cáuce del Guadalmedina, de ser víctima de la legendaria pedrea que de tiempo inmemorial sostienen, los dias festivos, los chicos de los barrios con los de la Ciudad.

Como Diputado á Cortes por Málaga que casi constantemente ha sido, siempre defendió los intereses locales con el mayor celo, secundando muy especialmente la grande y fecunda iniciativa de su ya



citado, como íntimo amigo, el Marqués de Loring: así puede decirse que ayudó á éste en su tan importante como difícil empresa de dotar á Málaga de un ferro-carril, que costeado por capitales malagueños debia servir mas bien para fomentar con toda clase de favores los intereses locales, que no los de una empresa particular: y no es ciertamente culpa de ninguno de ambos, si el pensamiento, que tan provechosamente venia realizándose desde los primeros años de la explotacion, se ha malogrado al fin, pasando la empresa á manos extranjeras, como tantas otras en España!!

Y considerando que despues de construido el ferro-carril, era indispensable á la prosperidad de Málaga un buen puerto para cuya construccion en vano se solicitaban desde muy remota época, los auxilios del Estado, Cánovas tomó á su cargo el que se reparára la injusticia que con una de las provincias que mas contribuyen para los gastos generales de la nacion, se venia cometiendo y consiguió se subvencionára la obra con dos millones de reales al año para el pago de la cual subvencion y aún para ampliarla, lo mismo que para solventar las dificultades que han ido ocurriendo, no ha cesado de atender las atinadas y patrióticas indicaciones del dignísimo Marqués de Guadiaro que con todo empeño consagra hoy su actividad á la realizacion de tan beneficioso pensamiento.

Tal es á grandes rasgos descrita, la manera como nuestro Cánovas ha correspondido al cariño y admiracion que sus paisanos le profesamos; y con

esto, si algun adversario político de los mas ofuscados por la pasion, repite refiriéndose á él, la consabida frase ó muletilla inventada para zaherir á todo malagueño que se encumbra de ¿qué ha hecho por Málaga? la contestacion no será difícil.

V.

Con una vida tan llena y accidentada que casi absorben por igual el parlamento y el periodismo, las obras puramente literarias de D. Antonio Cánovas, no pueden ser muy numerosas. Por otra parte, mi notoria incompetencia me ha de apartar de todo intento crítico ni comentarista: cumpliré, pues, el compromiso que al correr de la pluma contraí, consignando aquí una especie de índice de las dichas obras, que sirva siquiera para confirmar algunos de los juicios apuntados sobre el carácter del autor.

Varias poesías, una novela histórica, discursos académicos y numerosas memorias ó estudios filosóficos, políticos ó históricos, forman lo que en el lenguaje familiar entre escritores, puede llamarse el bagaje literario de nuestro amigo.

¡Poesías! Las ha escrito en todas las épocas de su vida y esto es ya indicio seguro de la sanidad y juventud del corazón, conservada á través de una

existencia tan agitada como fructuosa. Es que hay un rincón en el alma de todo hombre que cual terreno de privilegio para producir delicados frutos, se encuentra altamente cercado y se mantiene así libre de las impurezas que los vendavales del mundo moral arrojan y acumulan en todo lo restante: pero esto es á la condición de que no deje de sostenerse el cercado, ni de cultivarse el terreno. La vida de familia, las amistades de la niñez, el amor al suelo en que se nació, son las canteras que dan los mejores materiales para fortificar el muro. Si notais, pues, que en ciertos días, sin razón aparente, trata Cánovas de suspender el trabajo, si corta las conferencias y procura ocultarse..., consultad el almanaque y tal vez hallareis en él una explicación. Es el día de su santo ó aquel del de uno de sus hermanos; hay que celebrar la fiesta de familia y ni por un imperio cedería su puesto. En tales ocasiones, Cánovas se siente poeta y no ya solo para cantar á la mujer como todos han hecho y lo hizo él también de joven, dedicando tiernas endechas á Elisa, á Láura ó á Etelvina, sino mas bien para ensalzar las glorias de la patria: ó recordando sólidas amistades, para decir al compañero de la infancia que no cese de repetir su nombre á cuanto encuentre cerca de los lugares en que se mecía su cuna; ó bien en fin, para bendecir en sublime canto bíblico el poder y la bondad infinitos de un Dios redentor del hombre. Y merced á eso, cuando la desgraciada muerte de una joven esposa, hizo sombría meceta en la escala de su triunfal carrera, pudo encontrar consuelo en la poesía, dedicando á la me-

moria de aquella mujer querida un tristísimo soneto y cantando melancólica elegía á las flores de su predileccion.

La novela puede ser tambien poesia, como fruto de la imaginacion: pero al ejercitarse Cánovas en este género, hubo de ceder á las grandes aficiones que ya venian tomando vuelo en su espíritu, y satisfaciendo á un mismo tiempo la curiosidad del viajero y el afan del historiador, visitando legendarios lugares y renovando por la memoria hechos gloriosos, creó personajes y enlazó sucesos llenos y aún colmados de patriótico interés.

Así escribió *La Campana de Huesca*, que si en ciertos pasajes recuerda la manera de Walter-Scott al mover sus personajes de sano corazon y duro cuerpo por entre las sendas abruptas de las montañas de Aragon, no menos pintorescas ni menos pobladas de antiguas tradiciones que las de la Escocia, hace pensar otras veces en Cervantes y en sus sabrosas pláticas en las soledades de un campo llano y apacible; sin que tampoco falten episodios terribles y fantásticos semejantes á los que relataba Víctor Hugo cuando, en su buena época, escribia *El Han de Islandia*, *Bug-Jalgar* y *Nuestra Señora de París*.

Pero donde mas se caracteriza el especial génio literario de Cánovas es en sus trabajos históricos y filosóficos. En esas memorias, en esos discursos académicos, en esas investigaciones históricas, late siempre y se revela un sentimiento que forma como la urdimbre del corazon sobre la cual borda y realza el entendimiento: ese sentimiento es el amor pátrio. Ya

dije que su estancia en Roma y sus escursiones por todo el resto de Italia, habian ejercido un gran influjo en sus ideas y determinado el género literario á que mas habia de aficionarse. Una *Memoria sobre lo que es un viaje á Italia*, trabajo que dedicó á su ilustre amigo Pachecó y que complementa, por decirlo así, el *Ensayo descriptivo artistico y político* de aquella península que éste último habia publicado, fué un primer fruto de las dichas aficiones: no tardando en seguir *Aricia, apuntes de una villeggiatura en el Lacio*. Despues la admirable carta á D. Serafin Estebanez Calderon sobre el *Asalto y saco de Roma*, lo mismo que la interesantísima al Marqués del Duero sobre *La batalla de Pavía*, son dos estudios históricos de gran valer, hechos ámbos sobre los lugares mismos de los acontecimientos cuidadosamente relevados y consignados por el autor en sus respectivos planos gráficos. Y con tan buena preparacion, escribió despues en Madrid entre los años de 1857 y 1859, aprovechando el escaso vagar que le dejaba la política, una obra de mayor estension y trascendencia, un verdadero libro que por sí solo bastaria para formar la reputacion de un escritor. Es el título de esta obra *Del principio y fin que tuvo la supremacia militar de los españoles en Europa con una relacion y algunas particularidades de la batalla de Rocroy*. No es posible leer sin emocion profunda en esta obra los detalles de aquella desastrosa jornada del 19 de Mayo de 1643: y no hay corazon español que deje de llorar sangre al contemplar tan sentidamente descrita la rota de aque-

llos gloriosos tercios de nuestra infantería que durante siglo y medio habian mantenido á tan superior altura el nombre de nuestra pátria, ¿flaquearon acaso los soldados?, no; puesto que al preguntar á un jefe moribundo cuántos eran, pudo contestar *que se contaran los muertos*, ¿fué la falta de Beck que no llegó al combate con la diligencia necesaria?... ¿fué torpeza de Fontaine ó error del mismo Melo? Nada de eso fué. ¿Ni qué significaba una batalla perdida y ésta con tanta gloria? El mal era mas profundo y provenia de mas alto. Cánovas lo indica con gran sentido político en una de sus conceptuosas frases. «Es preciso,» dice, «para que una nacion sea grande, que se la gobierne de modo, que no aspire á mas de lo que pueda y que pueda mas cada día»: por no ajustarse á esta regla nuestros gobernantes, caimos de tan lastimosa manera y vinimos á parar en la desgracia que Shiller nos atribuye de ser «Nacion temida mucho tiempo después de ser temible y aborrecida mucho tiempo después de ser aborrecible.» A lo que añade nuestro Cánovas, con sobrada razon, «algo de esto último nos sucede todavía.»

No es posible sin traspasar los límites fijados á esta reseña biográfica, enumerar siquiera ni mucho menos asignar su debida importancia á los estudios filosóficos, filológicos, sociológicos, artísticos y políticos que D. Antonio Cánovas ha escrito sucesivamente aprovechando unas veces el corto reposo que le han dejado las atenciones políticas y obligado en otras por los ruegos de la amistad ó por altas consideraciones de diverso género.

Pero al testimonio apelo de cuantos han podido conocer y estudiar tales trabajos para que digan la manera particularísima como sobresalen en cada uno de ellos las peculiares condiciones de su ingenio, retratándose en todas sus páginas el carácter del hombre. Todo autor al encaminarse á su objeto elude las dificultades; Cánovas por el contrario las busca: siempre ansioso de investigacion y de lucha, basta que el enlace de cualquier idea le lleve á un terreno desconocido, para que en él se complazca y detenga hasta hacerlo suyo, hasta conquistarlo. Por eso ha sorprendido á grandes naturalistas con las disquisiciones eminentemente científicas de su último discurso en la Academia de Ciencias morales y políticas. Por eso al escribir un prólogo para la coleccion de obras de D. Serafin Estebanez Calderon, se ha visto arrebatado por la importancia de los juicios literarios que se le ofrecia ocasion de dilucidar, y engolfándose en problemas de tan difícil resolucion como el triunfo del romanticismo en el renacimiento literario de 1830 y su lamentable decadencia que para Cánovas es transformacion en el actual naturalismo, abrazándose á dificultades de gran monta enlazadas con sucesos históricos, tanto mas difíciles de apreciar cuanto mas recientes en una época tan revuelta, el prólogo se ha convertido en una verdadera obra histórica y didáctica de dos tomos, destinada sin duda á formar época en nuestra moderna literatura. *El Solitario y su tiempo* es un libro que será citado como autoridad cuantas veces se trate de nuestro renacimiento literario; porque al reseñar los sucesos políticos que debieron influir

en el desarrollo de un génio especialísimo tan empapado en españolismo, no ha podido menos que dar la esplicacion del peculiar carácter que debia tomar en nuestro país aquella gran corriente, aquella especie de desbordamiento de inspiracion seria y estudiosa que por una reaccion afortunada contra la bárbara y dura opresion que la revolucion francesa ejerció largo tiempo contra toda cultura y que apenas pudo suavizar el primer imperio, se produjo en la nacion vecina y sirvió de fermento para que en la nuestra se declarase tambien un hervor fecundo. La claridad con que dá nuestro Cánovas la esplicacion de la influencia que el panteismo aleman tuvo en la produccion del romanticismo francés y la que debió ejercer éste à su vez en el español, nó deja lugar á la duda ni sufre la mas pequeña contradiccion.

Con tales méritos, no es de estrañar que las corporaciones representantes de los adelantos y del saber en diversos ramos, se mostráran deferentes con nuestro eminente paisano. Tras la Academia de la Historia le abrió sus puertas la de la Lengua Española; y sucesivamente han hecho lo mismo la de Ciencias Morales y Políticas y la de Bellas Artes de San Fernando. Cada uno de estos honores, siempre apreciadísimos por él, ha sido motivo de un trabajo notable y en el seno de las dichas corporaciones la entrada de otros amigos, le ha obligado á lo mismo. El Ateneo de Madrid, institucion meritísima y que no tiene igual en ninguna otra Capital del mundo, ha manifestado en todas ocasiones singular predileccion por D. Antonio Cánovas, nombrándole su Presidente y éste ha

correspondido á ella dedicándole varios de sus mejores trabajos. Actualmente la preside tambien.

Ni es fuera de razon considerar asimismo obra literaria suya, y de las mas curiosas y dignas de ser conocidas, una grande y escepcional biblioteca; colleccion numerosa y rica de obras escogidas de todo género cual no creo haya podido reunir la jamás igual un particular en España. La importancia que dá Cánovas á sus libros puede juzgarse por el lugar donde los coloca: siempre en lo mejor de la casa; y como hace poner muy inmediata á ellos su cama; y como en las mismas estancias que son muchas las que la biblioteca ocupa, se le sirven las comidas; y como de allí no sale mientras á ello no se le obliga, allí mismo ha llevado todos los objetos arqueológicos y artísticos que por doquier llamáran su atencion y pudo haber á la mano; por manera que la dicha biblioteca es tambien un museo y muy rico, así por el número y variedad como por la importancia de los objetos reunidos. Bien puede decirse que este privilegiado recinto resume cuanto puede dar satisfaccion á todos los gustos y á todas las aspiraciones de Cánovas, siendo sin duda el objeto mas significativo y mas preciado una fotografía que comprende la imagen de tres personas y bajo la cual una mano egrégia ha trazado la siguiente dedicatoria: **Al eminente hombre de Estado, D. Antonio Cánovas del Castillo, una familia Española agradecida:** debajo la fecha y las dos mas altas firmas que pueden autorizar un documento en España. Estos son, bueno es repetirlo, los gustos y aspiraciones de Cánovas; gustos y aspiraciones de

hombre de fé y de estudio que no pueden menos de aparecer siempre patrióticos y honrados.

Y no en vano insisto en la importancia que debe darse al merecimiento de esta última calificación; precisamente por verla tenida tan en poco entre los políticos modernos, propensos por desgracia á creer que se puede ser buen patriota y útil gobernante sin cuidarse mucho del culto que se debe rendir á los preceptos de la moral en la vida privada. Ignoran los que así piensan ú olvidan completamente cual es la índole y estrechez de relaciones que entre los impulsos del corazón y los juicios de la conciencia existen dentro del pecho del hombre; esas relaciones penden de una sola cuerda y si en algun punto se relaja esta, imposible será verla tirante en el resto de su estension. Ageno á tales sutilezas D. Antonio Cánovas y rechazando como impropia de su honrado orgullo toda componenda con los principios morales, puede ofrecer á las miradas de todos el interior de su vida privada; y es seguro que la Historia, cualesquiera sean los acontecimientos que aún hayan de agitar su existencia mundana, habrá de decir por conclusion de sus juicios, «fué un político eminente, un gran patriota y un hombre de bien.»

Málaga y Setiembre de 1882.

Muy á poco de publicados estos apuntes biográficos, fué de nuevo llamado á formar gobierno el personaje que los motiva: y esto contra su gusto y sus previsiones lo cual puede comprobarse con el testimonio de todos los conservadores de Málaga que en Octubre de 1883 le oyeron formar sus cálculos con la claridad y el acierto que le son ordinarios. De toda evidencia era que el Ministerio Moret-Posada Herrera no podia subsistir con unas Córtes cuya muerte envolvía el cumplimiento de las solemnes promesas hechas á los partidarios del sufragio universal: imposible era que el Congreso votára dicho sufragio y mas imposible aún que lo aceptára el Senado. «Pero el Rey, decia Cánovas», «no querrá disolver estas Córtes, pues serian las terceras que seguidamente vieran cercenado su término legal y no faltaría quien le tachara por ello de aficionado al poder personal: será preciso nombrar un nuevo Ministerio

»Sagasta ó cuando menos de hombres de su partido
»que llegue al término de la legislatura, esforzándose
»en contener el desmembramiento de la mayoría hasta
»alcanzar las vacaciones parlamentarias. Y como estas
»vacaciones mas bien debilitan que fortifican á los
»Gobiernos, al reunirse de nuevo las Córtes, la lucha
»será imposible y el mismo Sagasta aconsejará al Rey
»que nos llame en Febrero ó Marzo de 1885.»—¿Cómo
pudo equivocarse nuestro amigo en un año? porque
no era fácil preveer que la fraccion demócrata, reco-
nociéndose impotente ni aun para apelar al voto del
país, prefiriese verse sustituida por sus francos ad-
versarios de siempre, á ceder el puesto á los que
consideraba ingratos amigos de la víspera.

Ciertamente que no es mucho un año en la vida
de las naciones: y sin embargo, esa pequeña inopor-
tunidad trajo deplorables consecuencias, por la falta
que desde luego se advirtió en el nuevo Gobierno
conservador de aquella entereza para sostener sus
principios con que habia ejercido el mando en su
anterior periodo, haciendo frente á las mas difíciles
y peligrosas circunstancias. Todo variaba ahora: sor-
prendido Cánovas con su impensado llamamiento,
sabiendo que el Rey lo hacia, aconsejado por los mas
opuestos adversarios del partido conservador, ni creyó
deber fijar á sus compañeros inquebrantables puntos de
doctrina y conducta, ni dejar de guardar á los dichos
contrarios tantos y tales miramientos que no podian
menos de llevarle á perjudiciales transigencias. Por
eso vino á las nuevas Córtes una minoría fusionista
muy fuera de proporcion con lo que ese partido re-

presenta en el país: por eso se respetaron las tan imprudentes como ilegales medidas de Albareda en Fomento, cuando con verdadero escándalo devolvió las cátedras, añadiendo crecidas indemnizaciones, á los profesores que con todos los requisitos legales las habian perdido: por eso el Ministro Cos-Gayon que habia anatematizado en una estensa memoria el innecesario aumento de 28 millones de pesetas en el presupuesto de gastos, no se atrevió á rebajarlos: por eso, y esto fué lo peor, se dejó que siguiera el horrible desórden que en la administracion provincial y municipal introdujeran las situaciones ultra-liberales.

Y todo esto en vano; porque como antes viene dicho, los revolucionarios, mas lo son por carácter que por convencimiento; y en vez de mostrarse reconocidos por las muestras de respeto á sus ideas y deferencia á sus personas que así se les daban, iniciaron, tan pronto como las Córtes se reunieron, la oposicion mas sañuda, mas inconsiderada y perturbadora que ofrecen los fastos parlamentarios: recuérdese el motin de los estudiantes, las complicaciones suscitadas tan antipatrióticamente con el Gobierno italiano, la cuestion sobre medidas contra el cólera y finalmente las imprudentes manifestaciones provocadas con motivo de los sucesos de las islas Carolinas.

¿Y cómo podía defenderse nuestro partido de tales y tan inconsideradas agresiones? Mal, muy mal, porque á las calamidades que sobre el país acumulaba la Providencia, cólera, terremotos, crisis económica, habia que agregar el presentimiento, mas bien dicho,

la amenaza de una mayor desgracia que sobre la cabeza de todos se cernia. ¡El Rey enfermo!! ¿Se comprende lo que esta consideracion habia de preocupar á todos, pero mas particularmente á aquel que sobre esta angusta y simpática personalidad habia fundado sus cálculos para la regeneracion de la pátria?

Bien podíamos notarlo aquellos que con alguna frecuencia le veíamos: ya nuestro Jefe no era lo que solia: ya no hallábamos al mismo Cánovas de antes, siempre resuelto, decididor y jovial aun en las circunstancias mas críticas. Sombrió y meditabundo, ahora en vano se buscaba la sonrisa en sus lábios ni la animación en su mirada. Las sombras de un oscuro porvenir, ennegrecian sus ideas y apenaban su ánimo.

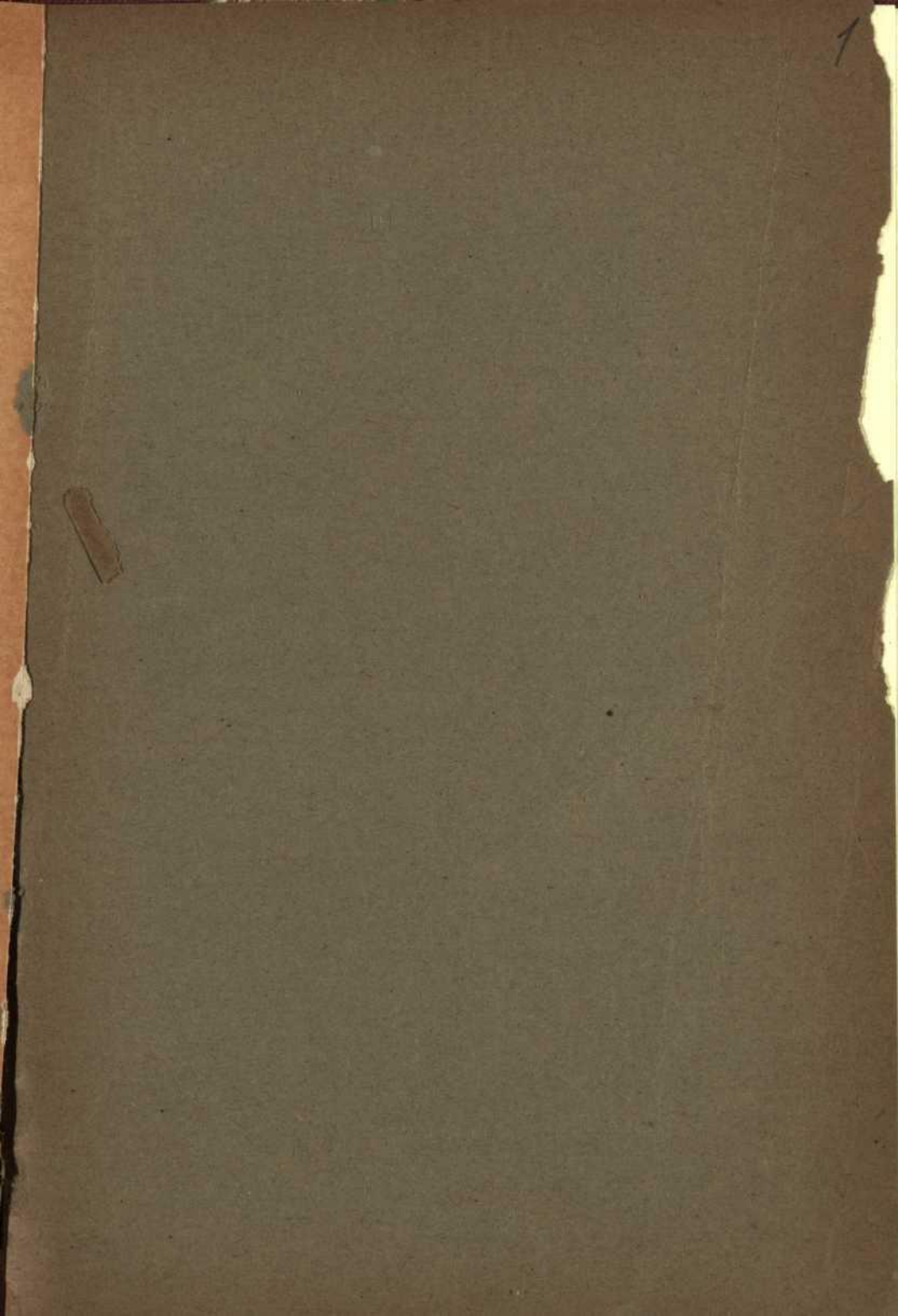
Y sin embargo tambien aquel tristísimo periodo sirvió de preparacion para una medida salvadora: quizás el mismo aislamiento á que su tristeza le llevaba, sirvió para afirmar el convencimiento de lo que convenia hacer si la desgracia se consumaba y tomar resoluciones que no hubieran podido prepararse y sostenerse de hallarse, como otras veces, rodeado y teniendo que oir á otros jefes del partido, de gran mérito y valer sin duda, pero no de tan desinteresado patriotismo como el de Cánovas.

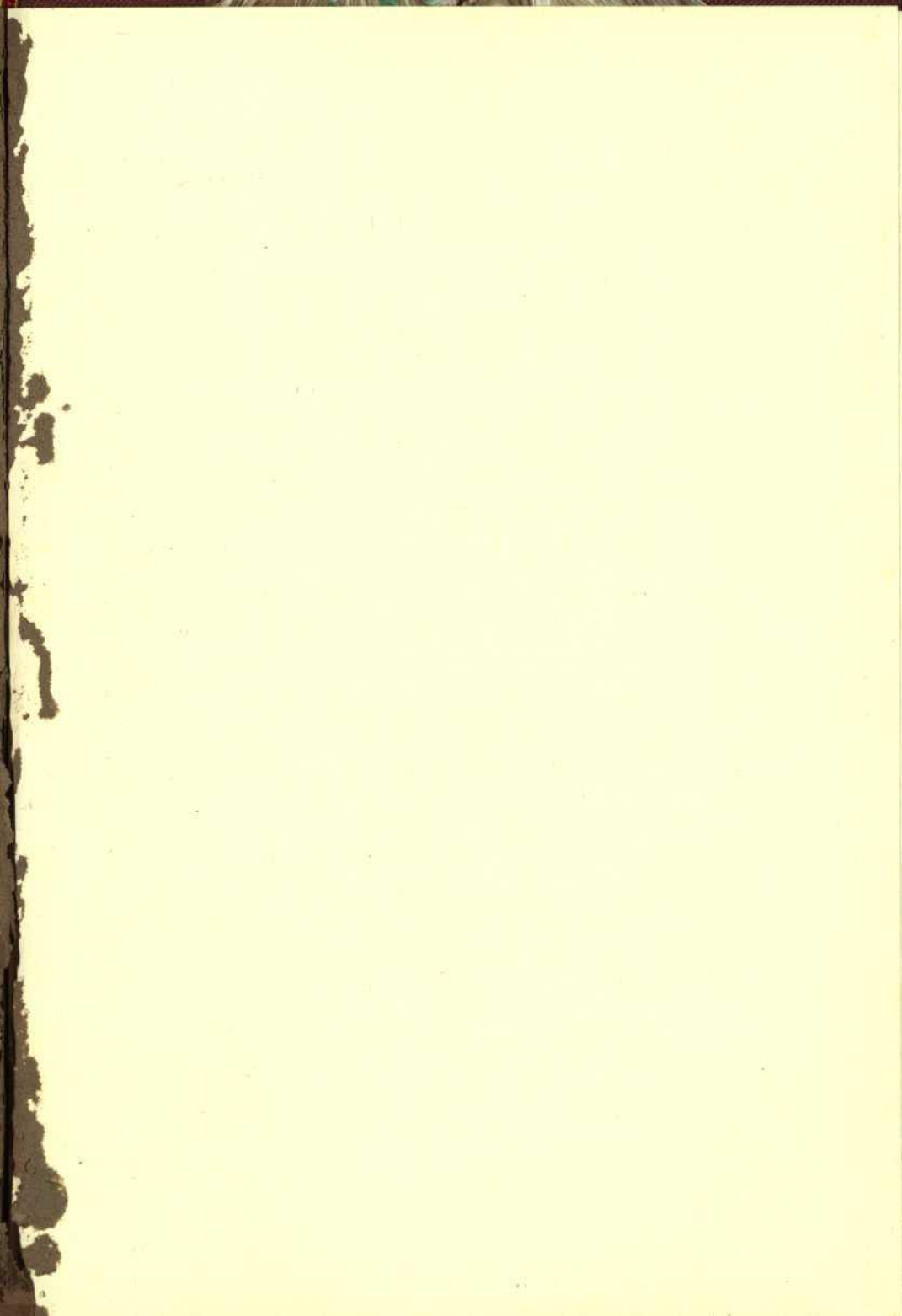
Llegó el dia tan temido de la muerte del Rey y nuestro amigo que todo lo habia previsto y decidido, despues de tomar enérgicas y previsoras medidas que dieran seguridad á la institucion monárquica en aquellos criticos momentos, no vaciló en adoptar una resolucion que los verdaderos conservadores acogi-

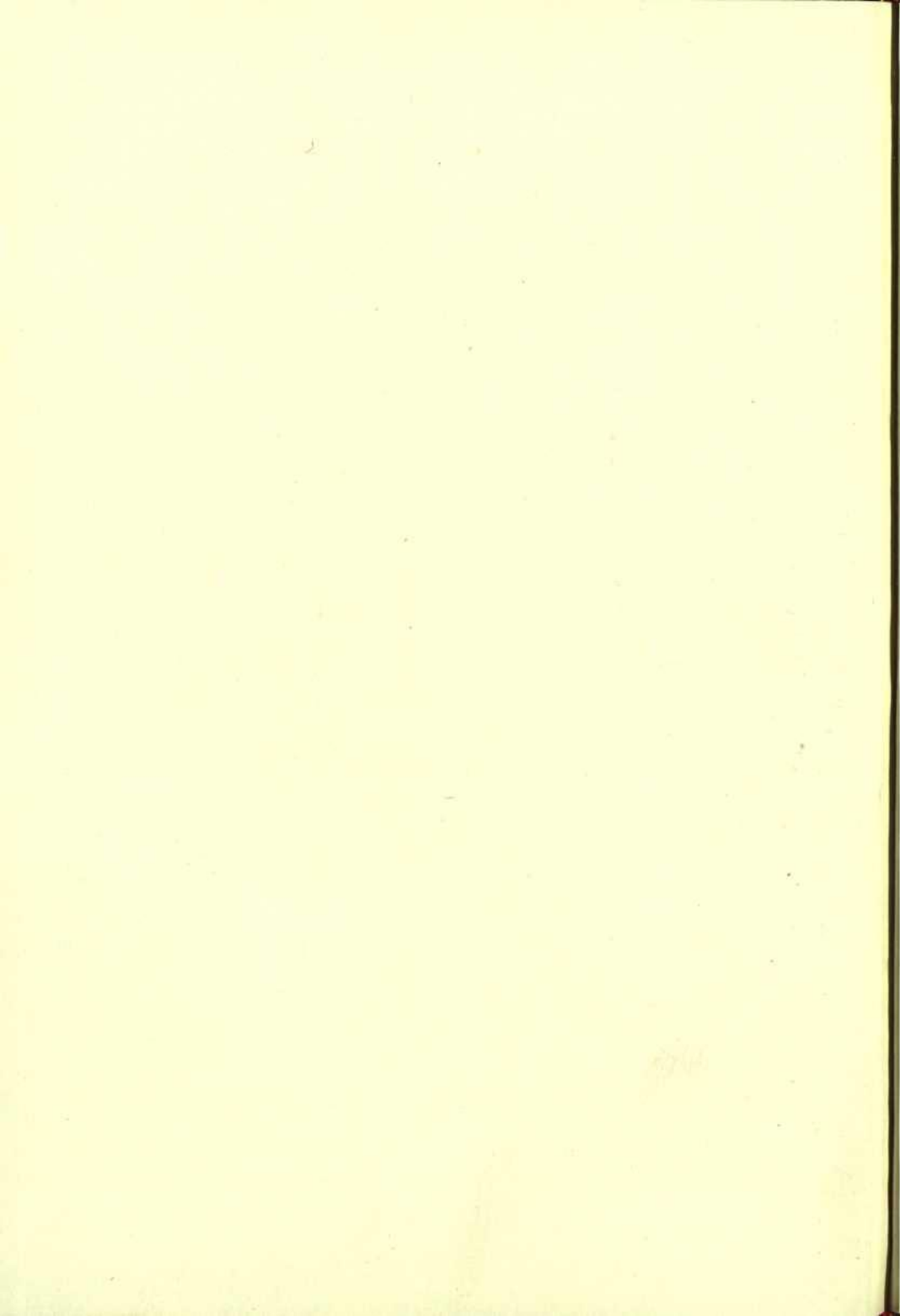
mos con inmenso aplauso y que halló eco entusiasta en todas las naciones extranjeras que con España simpatizan.

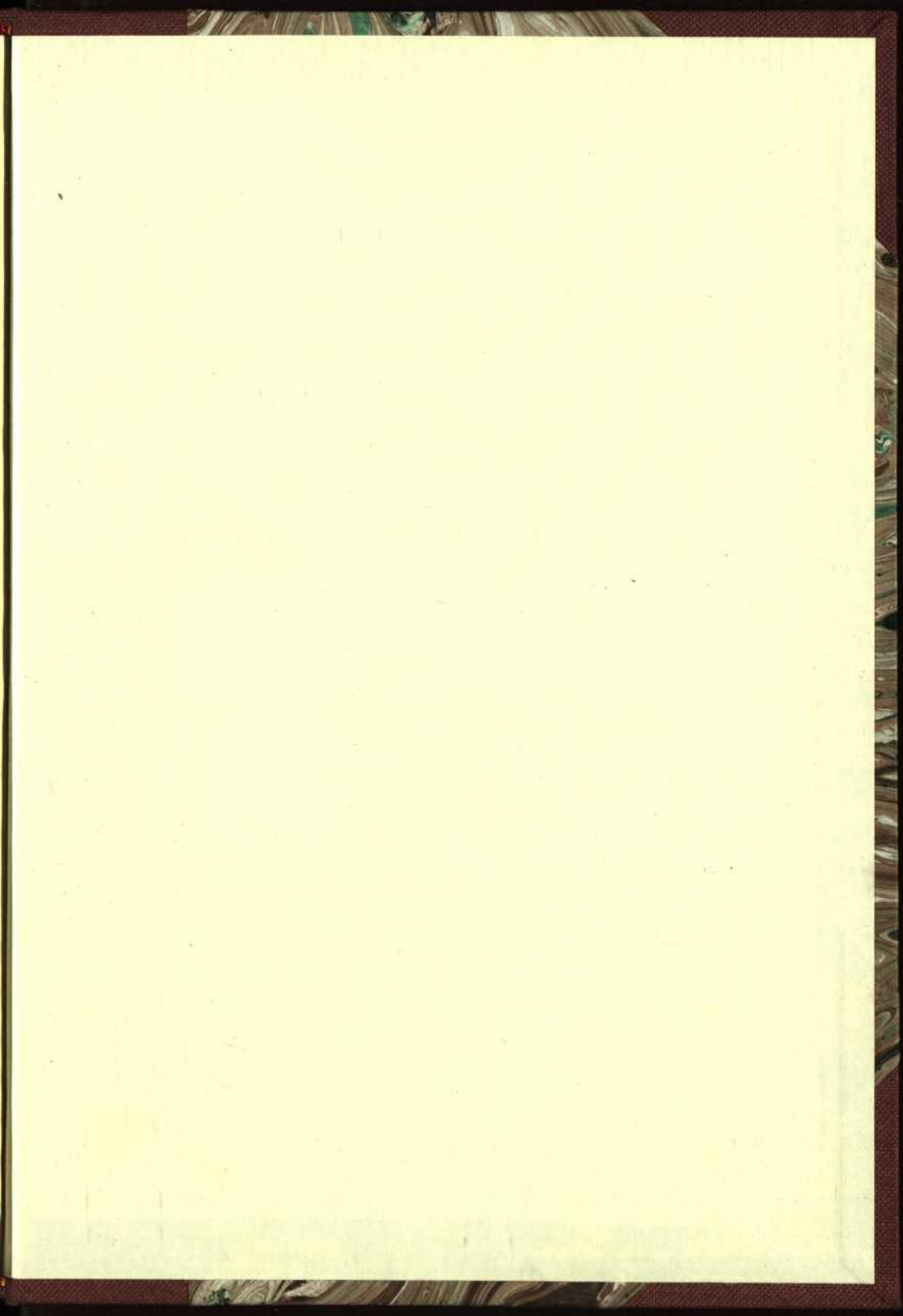
El éxito ha correspondido á las previsiones. Don Alfonso XIII reina y desde la cuna defiende los mas altos intereses sociales. Mezclados en el Gobierno los revolucionarios de instinto con impacientes conservadores y antiguos moderados, no es difícil prever los principios que prevalecerán. La revolucion pierde cada día mas aquel prestigio que de lo desconocido nace. D. Antonio Cánovas cuenta un lauro mas con que coronar su brillante y fructuosa carrera política.

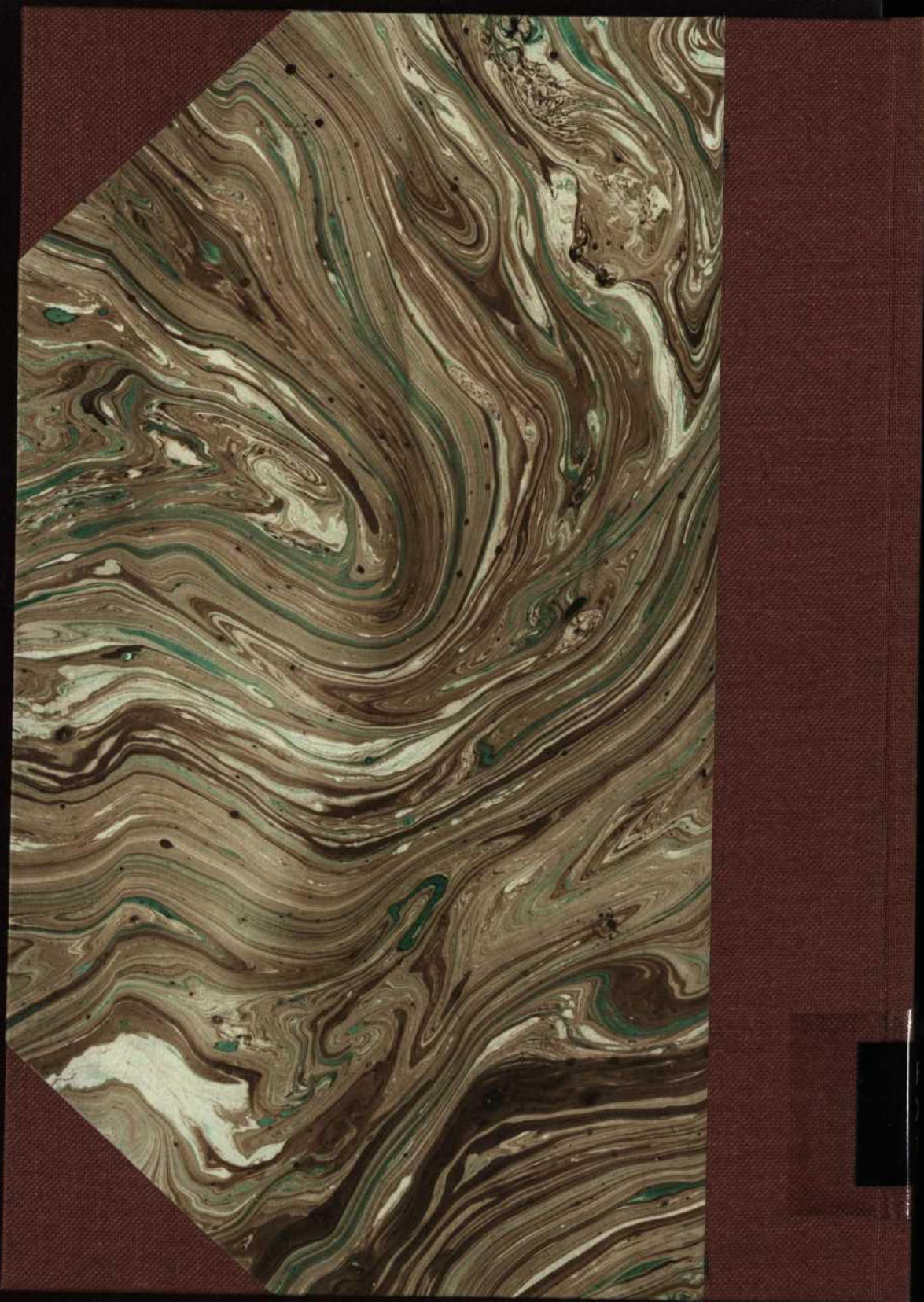












FAN
XIX
129